

BOULEVARD BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

¡EL FONTANERO ES UN ESPÍA...!

Joseph Berna



SS

SERVICIO SECRETO



JOSEPH BERNA

¡EL FONTANERO ES UN ESPÍA!

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.418
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.413. — Intriga en Houston

En Colección KANSAS:

843. — La elección de «Mis» Oklahoma»

En Colección COLORADO:

841. — Un osado californiano

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

348. — Mi «Colt» por una rubia

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

273. — La bella y el cazador

En Colección PUNTO ROJO:

796. — La escultura y el ex presidiario

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B 29.889 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre, 1977

© Joseph Berna - 1977

texto

© Salvador Fabá - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

LA motocicleta se detuvo ante la verja de hierro.

El tipo que la montaba, un joven de unos veintiséis años, delgado, de pelo rubio, abundante, se quitó las gafas de sol, dejando ver unos ojos azules, de alegre mirada.

—¡Buenos días! —saludó a los dos hombres que se encontraban al otro lado de la verja, delante de una caseta de madera.

Ambos eran altos, corpulentos, y tenían un rostro poco simpático.

Nada simpático, para ser exactos.

Los dos individuos observaron con curiosidad al joven de la motocicleta, que llevaba un mono azul, con algunas manchas, y se cubría la cabeza con una gorra, cuya visera mantenía levantada.

—¡Abran la verja, amigos! —rogó el joven rubio, en tono bastante alto, para que el ruido del motor de su máquina, que no había parado, no ahogara sus palabras.

Los individuos intercambiaron una mirada.

Uno de ellos se acertó a la verja y apuntó con el dedo a la motocicleta.

—Para ese cacharro, rubio.

—¿Cacharro.? —repitió el joven, agrandando los ojos.

—Páralo, vamos —ordenó de nuevo el sujeto.

—De acuerdo, lo pararé —rezongó el rubio, acallando el motor de su máquina—. Pero conste que no es ningún cacharro. Mi motocicleta y yo haríamos un digno papel en cualquiera de las pruebas puntuables para el campeonato del mundo. De 50 c.c., claro. Y con un poco de suerte, pondríamos en aprietos al campeonísimo Ángel Nieto.

El otro individuo se acercó también a la verja e inquirió:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Jean; Jean Leroy —respondió el joven.

—¿Qué es lo que quieres?

—Cumplir con mi obligación, solamente eso.

El tipo entrecerró los ojos.

—¿Y cuál es tu obligación?

—Arreglar grifos.

—¿Arreglar qué...? —pestañeó el otro sujeto.

—Grifos. Entre otras cosas, claro. Soy fontanero. El mejor fontanero de París. Y si no fuera porque uno es modesto desde que nació, diría que soy el mejor de toda Francia. No hay avería que se me resista, muchachos —sonrió el joven, mostrando su sana dentadura.

Los individuos volvieron a mirarse.

—¿Qué opinas tú de eso, Antoine?

—El tipo debe de haberse confundido de dirección, Hervé —respondió el llamado Antoine.

Jean Leroy, que había escuchado las palabras intercambiadas por los tipos, preguntó:

—¿No es esta la casa de Marcel Delubac?

—Sí —asintió Hervé.

—Entonces no me he confundido de dirección. En el aviso que me dieron en la fontanería figura bien claro el nombre de Marcel Delubac y la dirección es esta. Parece ser que el señor Delubac tiene problemas en el cuarto de baño, por eso nos telefoneó hace cosa de una hora.

—Lo comprobaré —gruñó Antoine, y se introdujo en la caseta de madera.

Descolgó el teléfono que servía exclusivamente para comunicarse con la casa y pulsó un botón rojo.

Tuvo que esperar unos treinta segundos.

—¿Claude...? Soy yo, Antoine. Aquí hay un tipo que dice ser fontanero. ¡No, panadero, no! He dicho fontanero. Sí... ¿Has solicitado tú los servicios de algún fontanero? ¿Y quién diablos ha llamado a la fontanería...? El tipo asegura que dieron el nombre de Marcel Delubac, que la dirección es esta, y que parece ser que tenemos problemas en el cuarto de baño... ¡Compruébalo, maldita sea!

Antoine tuvo que esperar ahora casi tres minutos, con el

auricular pegado a la oreja.

—¿Sí, Claude...? ¿Que gotea uno de los gritos del lavabo, dices?... Entonces, el tipo dice la verdad... Debió ser el propio señor Delubac quien telefoneó a la fontanería... O Josephine... O quizá fue Corinne... ¿No has averiguado quién hizo la llamada? Sí, claro... ¿Qué hacemos entonces? ¿Dejamos pasar al tipo o no...? De acuerdo, Claude...

Antoine colgó el auricular y salió de la caseta.

—¿Has hablado con Claude? —inquirió Hervé.

—Sí —gruñó Antoine.

—¿Y qué dice?

—Él no ha solicitado los servicios de ningún fontanero, ni sabe quién haya podido hacerlo, pero ha estado en el cuarto de baño y hay un grifo que gotea.

—Demonios... —murmuró Hervé.

—Claude ha dicho que lo dejemos pasar, pero que le registremos bien.

—Lo haremos.

Antoine accionó un mecanismo que había en la pared de rojo ladrillo, y la pesada verja de hierro se abrió automáticamente, emitiendo un agudo chirrido.

—Pasa, rubio.

Jean Leroy se colocó nuevamente las gafas de sol y cruzó la entrada, sin bajar de la motocicleta.

Antoine accionó de nuevo el mecanismo y la verja se cerró, con otro molesto chirrido.

—Está caro el aceite, ¿eh? —dijo el fontanero, irónico.

Antoine y Hervé continuaron serios.

No les había hecho gracia el chiste.

—Baja de la motocicleta, rubio.

—¿Para qué?

—Hemos de cachearte. Además, la motocicleta tienes que dejarla aquí, junto a la verja, y seguir a pie hasta la casa.

—¿Con la caja de herramientas a cuestas?

—Si no quieres llevarla a cuestas, la llevas a rastras, eso es cosa tuya. Vamos, baja de la máquina.

Jean obedeció, aunque de mala gana.

Bajó el caballete de la motocicleta con el pie y dejó la máquina

plantada.

Hervé indicó:

—Registra tú la caja de las herramientas, Antoine. Yo me ocuparé del tipo.

—¿A qué viene tanta precaución? —preguntó Jean.

No obtuvo respuesta.

Hervé le cacheó concienzudamente, desde la gorra hasta los tobillos.

—No lleva armas —informó a Antoine.

—¿Armas...? —repitió Jean—. ¿Es que tengo cara de ser nieto de Al Capone?

—Aquí solo hay herramientas —rezongó Antoine, cerrando la caja, de forma alargada, que llevaba el fontanero sujeta en la parte de atrás del sillín de la motocicleta.

—¿Qué esperaba encontrar, una metralleta desmontada? —dijo Jean, sonriendo.

Antoine lo miró duramente.

—Carga con la caja y sígueme.

—A la orden, sargento —respondió el joven rubio, echándose la caja a la espalda.

Antoine echó a andar hacia la casa, que se alzaba, majestuosamente, a unos cien metros de la verja.

Jean le siguió, observando los numerosos árboles, los cuidados setos, los preciosos macizos de flores, el verde césped.

Antoine, que caminaba a buen paso, giró un instante la cabeza, y al ver que el fontanero se quedaba rezagado, gruñó:

—¡Eh, tú, camina más aprisa!

—¿Más aprisa?

—¡A mi paso!

—Hombre, es que yo voy cargado con la caja de las herramientas, que pesa lo suyo.

—Pero eres joven, ¿no?

—Claro. Y fuerte. Y bien parecido. Bueno, eso al menos es lo que dice mi madre...

—¡Tu madre debería ir al oculista!

—¡Eh, sin insultar! Que tampoco usted es Alain Delon, precisamente.

—¡Vamos, muévete!

—¡Está bien, está bien...!

Antoine siguió avanzando hacia la casa, a grandes zancadas.

A Jean no le quedó más remedio que acelerar el paso.

Llegaron a la casa.

En la puerta aguardaba un tipo de complexión similar a las de Antoine y Hervé, y rostro igualmente duro.

—Aquí tienes al fontanero, Claude, se llama Jean... —informó Antoine.

—Para servirle —sonrió el joven rubio, quitándose las gafas.

—Sígueme, Jean —indicó Claude, entrando en la casa.

El joven se guardó las gafas en el bolsillo superior del mono de trabajo y penetró también en la casa.

El vestíbulo era tan espacioso, que no habría ninguna dificultad para jugar allí la final de la Copa de Europa de baloncesto.

Esa que casi siempre se disputan el Real Madrid y el Ignis de Várese, ahora Mobil Girgi.

Cuando el T.S.K.A de Moscú les deja, claro.

Claude cruzó el vestíbulo, al fondo del cual se veía una ancha escalera de mármol, y por ella ascendió, seguido siempre por el fontanero.

Una vez arriba, y después de dejar atrás un largo corredor, Claude se detuvo ante una puerta y la abrió, indicando:

—El cuarto de baño.

Jean penetró en él.

Tampoco el cuarto de baño era ninguna tontería.

Amplio, lujoso...

El grifo que goteaba era el del agua fría.

Jean dejó la caja de las herramientas en el suelo y se volvió hacia Claude.

—Esto lo arreglo yo en un periquete —aseguró, sonriente.

El tipo no dijo nada.

Se limitó a observar al fontanero desde la puerta.

Por lo visto, tenía el propósito de presenciar cómo reparaba el grifo.

Jean abrió la caja de las herramientas y extrajo algunas de ellas, las apropiadas para el caso.

De pronto se escuchó una voz femenina.

—¡Claude!

—Josephine... —murmuró apenas, observando a la escultural pelirroja que acababa de surgir de una habitación contigua.

Se cubría con un llamativo salto de cama.

¿Se cubría?

No, la expresión no era correcta.

El salto de cama no cubría nada, porque la pelirroja lo llevaba abierto de par en par, exhibiendo un camisoncito cortísimo y transparente.

Por eso mismo, por ser cortísimo, exhibía también unas piernas de locura. Y por ser transparente, mostraba casi con todo detalle unos pechos redondos, voluminosos, que se mantenían firmes por sí solos, sin ayudas de ningún tipo. También se transparentaba el ombliguito y el breve slip, que era la única prenda que cumplía con su obligación: cubrir.

Aunque solo lo justo.

La seductora pelirroja sonrió como solo ella sabía hacerlo.

—Acércate, Claude.

Este dirigió una breve mirada al fontanero y avanzó hacia la hermosa mujer, sintiendo que la garganta se le quedaba seca por momentos.

Su voz sonó muy rara cuando preguntó:

—¿Deseas alguna cosa, Josephine?

Ella le echó los brazos al cuello y se pegó a él como una lapa, transmitiéndole todo el calor de su joven y espléndido cuerpo.

—Te deseo a ti, Claude.

La cara de Claude empezó a parecerse a una berenjena.

A ponerse morada, vamos.

No era para menos.

—Josephine, yo...

—¿No me encuentras atractiva, Claude? —le interrumpió ella, acercándole los labios, carnosos, muy rojos, ligeramente húmedos.

—Oh, sí, mucho —sonrió nerviosamente él.

La deseable pelirroja le besó suavemente en los labios, rozándolo apenas.

La cara de Claude se amorató más.

—Ven... —susurró la beldad, arrastrándolo hacia el interior de la habitación.

Claude trató de resistirse.

—No, Josephine... Si el señor Delubac llegara a enterarse de que tú y yo...

—No temas, no se enterará.

—Podría sorprendernos en tu cuarto y...

—Marcel se levanta muy tarde. Tú lo sabes.

—No puedo dejar solo al fontanero, Josephine.

La bella pelirroja parpadeó.

—¿Fontanero? ¿De qué estás hablando, Claude?

—Del tipo que ha venido a arreglar el grifo del lavabo. Gotea, ¿sabes?

—¿El tipo?

—El grifo...

—Oh, sí, claro, cómo iba a gotear el tipo... —rio la pelirroja—. Anda, olvídate de él y entra de una vez...

—Pero....

—¿Qué es lo que temes, que nos robe el lavabo? ¡Adentro, Claude...!

El tirón de Josephine fue tan brusco, que ella y Claude perdieron el equilibrio y cayeron sobre el alfombrado suelo de la habitación, que estaba en penumbra.

Claude quedó sobre la pelirroja.

Ella se apresuró a cerrar la puerta, empujándola con el pie, sin soltar en ningún momento el robusto cuello masculino.

—Bésame, Claude... Muy fuerte...

Claude, que en un principio tuvo intención de soltarse de la pelirroja, ponerse en pie de un salto y salir corriendo de la habitación, no pudo resistir la tentación y aplastó su boca contra la de ella, olvidándose por completo del grifo que goteaba y del fontanero que había venido a repararlo.

CAPÍTULO II

CORINNE AUGER se despertó en la cama, con los ojos cerrados todavía.

Le costaba abrirlos, cuando se despertaba por las mañanas, y solo lograba mantenerlos así después de haberse dado una larga ducha de agua fría.

El frescor del agua la despejaba por completo, dejándola en condiciones de saber en qué día de la semana se encontraba, en qué fiesta o club nocturno había estado la noche anterior, con quién había bailado más...

Antes de que su cuerpo se estremeciera de placer bajo la ducha, era incapaz de recordar nada.

Corinne apartó la ropa de la cama, sin despegar los párpados ni siquiera un milímetro, y se levantó.

A tientas, como siempre, alcanzó su bata, que descansaba sobre la banqueta del tocador, y procedió a cubrir su cuerpo desnudo.

Un cuerpo hermoso de verdad.

Piernas largas, delgadas, perfectamente moldeadas, caderas de curva poco pronunciada, cimbreante cintura, senos pequeños, pero puntiagudos, desafiantes, agresivos, dotados de toda la fortaleza y el vigor propios de sus escasos veintiún años.

El rostro de la joven también era un prodigio de perfección y belleza. Y su cabello, largo y sedoso, muy rubio, invitaba a ser acariciado.

Corinne Auger, siempre con los ojos cerrados, se cruzó la bata, ató el cinturón, metió los pies en las chinelas que había jumo a la banqueta, y salió de su habitación.

Avanzó por el corredor con paso lento y vacilante, como si hubiera tomado unas copas de más.

Y quizá las tomó.

No podía recordarlo.

Pero había un síntoma inequívoco de que la noche anterior no había abusado excesivamente del alcohol: no le dolía la cabeza.

Cuando calculó que se encontraba delante del cuarto de baño, Corinne alargó el brazo en busca de la manivela, para abrir la puerta.

Solo encontró el vacío.

«Alguien se ha dejado la puerta abierta», pensó la joven, y penetró en el cuarto de baño.

Cerró la puerta, corrió el pasador, y avanzó hacia la bañera.

Cuando sus manos tropezaron con la cortina de plástico, se desató el cinturón, dejó que la bata resbalara hasta el suelo, sacó los pies de las chinelas y, completamente desnuda, se introdujo en la bañera.

Después de correr la cortina, para impedir que el agua salpicara al suelo, buscó la llave del agua fría de la ducha y la hizo girar, levantando la cara al mismo tiempo, con dulce expresión.

El solo pensamiento de que el agua fría iba a caer sobre la tibia piel de su cuerpo, resbalando rápidamente por ella, ya le produjo placer.

Sin embargo, solo cayeron unas pocas gotas, mojándole apenas las mejillas.

Corinne, extrañada, hizo girar más la llave.

Nada.

No cayó ni una sola gota más.

La joven, muy a su pesar, tuvo que despegar ligeramente los párpados, para ver si así lograba averiguar lo que sucedía.

Observó la ducha.

Hizo girar la llave a tope.

Sin ningún resultado positivo.

—¡Maldita sea, han cortado el agua! —exclamó ella en voz alta, dando una rabiosa patadita en el piso de la bañera.

De pronto, alguien emitió una tosecita y dijo:

—La he cortado yo, señorita.

Corinne Auger respingó cómicamente en la bañera.

¡Aquella voz!

¡Era de hombre!

¡Y había sonado en el interior del cuarto de baño!

La joven gire bruscamente la cabeza y, a través de la ligera cortina de plástico, demasiado transparente para un caso como aquel, descubrió al tipo que permanecía acucillado junto al lavabo.

Corinne se dejó caer de golpe en la bañera, pegándose materialmente a la pared de la misma, único modo de esconder su cuerpo desnudo de la mirada del tipo.

Aunque ya...

La joven apartó la cortina, pero solo lo justo para asomar la cabeza, y miró al desconocido.

Tenía un rostro simpático.

¡Y sonreía...!

—¿Quién es usted? —inquirió nerviosamente Corinne.

El tipo, que se cubría con un mono azul, se despojó cortésmente de la gorra y se presentó:

—Jean Leroy, para lo que guste mandar, señorita.

—¿Qué hace aquí?

—Soy fontanero. Uno de los grifos del lavabo, el del agua fría, se ha averiado, y yo he venido a repararlo.

—¿Cómo ha entrado?

—Cruzando la puerta, naturalmente —respondió Jean colocándose de nuevo la gorra.

—¡Estaba cerrada por dentro! ¡Yo misma corrí el pasador!

Jean carraspeó suavemente.

—Cuando usted corrió el pasador, yo ya estaba ocupado en la tarea de reparar el grifo, señorita.

Corinne dilató los ojos.

—¿Quiere decir que ya estaba aquí cuando yo...?

—Sí, señorita...

—¡Oh! ¡Entonces es usted un maldito sinvergüenza!

—¿Yo...? —parpadeó Jean.

—¡Sí, usted, usted...! ¡En lugar de advertirme que se encontraba aquí, se mantuvo callado como un zorro, mientras yo me despojaba de la bata y me metía en la bañera! Menuda ración de vista se habrá dado usted, ¿eh, compañero?

Jean tosió.

—Está usted equivocada, señorita.

—¿Va a decirme que cerró los ojos, o que volvió la cabeza? —repuso Corinne, sarcástica.

—Bueno, eso no, pero...

—¡Naturalmente que no! ¡Sinvergüenza, más que sinvergüenza!

—Escúcheme, señorita, por favor...

—¡No quiero escucharle! ¡Fuera de aquí inmediatamente!

—¿Sin acabar de reparar el grifo?

—¡Ya lo reparará después!

Jean se rascó la oreja.

—Señorita, mientras no acabe de reparar el grifo, no puedo abrir la llave de paso del agua.

—¿Y qué?

—Pues que no podrá usted ducharse...

Corinne Auger apretó los labios furiosamente.

Se mantuvo así, sin decir nada.

Pero hablaba con los ojos.

Y le estaba diciendo cada cosa al fontanero.

Jean Leroy carraspeó.

—Señorita, solo necesito un par de minutos más. Concédamelos, y podrá usted ducharse tranquilamente.

—¿En presencia de usted?

—Por supuesto que no. Yo recogeré mis cosas y me largaré en cuanto haya reparado el grifo. Y eso será en un par de minutos, como ya le he dicho.

Corinne no respondió.

—¿Puedo seguir con mi trabajo, señorita? —insistió Jean.

—¡Está bien, siga! —accedió la joven—. ¡Pero dese prisa!

Jean sonrió de forma contagiosa.

—Seré un rayo, señorita. Y no miraré hacia la bañera, se lo prometo.

—¡No mirará porque ahora no hay nada a la vista, por eso! Además, ya lo vio todo antes... ¡Y muy visto, seguro!

—No la miré de un modo sucio, si es eso lo que le preocupa, señorita.

—¡No debió mirarme de ningún modo, ni sucio ni limpio! ¡Debió usted advertirme que estaba aquí!

—Esa fue mi primera intención, de veras.

—¿Sí...? —repuso irónicamente Corinne—. ¿Y por qué no lo hizo, dígame?

—Bueno, al ver que tenía los ojos cerrados y que caminaba de

un modo raro, pensé que era usted sonámbula. Y como siempre he oído decir que no se debe despertar a un sonámbulo...

—¡Excusas!

—Es la verdad, señorita. Si no me cree, allá usted.

—¡Trabaje y calle!

—Estoy trabajando, ¿es que no lo ve?

—¡Ya han pasado los dos minutos que pidió usted!

Jean rio, lo cual enfureció aún más a la joven.

—¿De qué se ríe?

—Ni siquiera ha pasado un minuto, señorita.

—¿Cómo lo sabe, si no ha mirado ni una sola vez el reloj?

—Lo sé, sin necesidad de consultar reloj alguno...

—Maldito vanidoso... —rezongó Corinne, mordiéndose las uñas de rabia.

—¿Cómo se llama usted, señorita? —preguntó Jean.

—¿Ya usted qué le importa?

—Yo le dije mi nombre...

—¡Pues yo no pienso decirle el mío!

—Está bien, no se enfade.

—¡Acabe de una vez, maldita sea!

—Tranquila, que esto ya está.

—¡Menos mal!

—Mire, ¿ve? El grifo ya no gotea.

—No esperará que le condecoren por ello, ¿verdad? —dijo sarcásticamente Corinne.

—La cosa tiene su mérito, no crea —sonrió Jean—. Aunque no para mí, debo confesarlo. Soy un experto en mi oficio.

—Qué modesto... —repuso la joven, en el mismo tono de antes.

Jean se la quedó mirando fijamente.

—No le soy simpático, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho.

—Lo siento, señorita. Yo procuro caer bien a la gente, y casi siempre lo logro. Con usted, sin embargo, he fracasado.

—Rotundamente.

Jean dio un suspiro y procedió a guardar todas las herramientas en la caja, echándose esta seguidamente a la espalda.

Del bolsillo superior del mono extrajo una hoja amarilla, doblada, y un bolígrafo. Después de desdoblar el papel, hizo

ademán de caminar hacia la bañera, pero la voz de la muchacha le detuvo:

—¡Quieto ahí!

—¿Eh?

—¡No se acerque!

—Señorita, solo quiero...

—¡Sé lo que quiere, darme una última miradita, antes de marcharse!

Jean sonrió pacientemente.

—Se equivoca usted, señorita. Lo único que quiero es que me firme esta hoja, si es tan amable.

—¡Yo no firmo nada!

—Es necesario, señorita. Su firma demostrará que he estado en esta casa, y he reparado la avería que tenían ustedes.

—¡Que se la firme Claude!

—¿Por qué no quiere firmarla usted?

—¡Estoy desnuda, y no permitiré que se acerque a la bañera!

—Lo haré con los ojos cerrados, ¿de acuerdo?

—¡No lo hará de ninguna manera!

Jean dejó escapar un suspiro.

—Si no me firma la hoja, no le abro la llave de paso del agua, y como está demasiado alta para usted, se quedará sin ducha.

Los ojos de la joven chisporrotearon.

—¡Chantajista!

—¿Firma o no firma, señorita?

Tras unos segundos de indecisión, Corinne Auger masculló:

—¡Usted gana, maldito! Acérquese, pero de espaldas.

—Muy bien.

Jean Leroy se dio la vuelta y caminó hacia atrás, como los cangrejos, hasta que oyó la voz de la muchacha:

—¡Deténgase!

Jean obedeció.

—Extienda los brazos hacia mí, ¡pero sin volverse!

—A ver si la cojo...

—¡Ya se cuidará de no hacerlo!

—Solo era una broma, no gruña... —rio Jean, extendiendo los brazos hacia ella.

Corinne se apoderó de la hoja amarilla y del bolígrafo.

Después de estampar su firma al pie de la hoja, dejó ambas cosas en la mano diestra del fontanero.

—¡Ya está firmada! ¡Ahora, largo!

Jean observó la hoja.

—Corinne Auger... —murmuró.

—¡Así me llamo! ¿Pasa algo?

—Me gusta su nombre.

La joven apretó los puños con rabia.

—¿Es que no va a marcharse nunca?

—Sí, señorita, ya me voy... —dijo Jean, guardándose la hoja amarilla y el bolígrafo.

Echó a andar hacia la puerta.

—¡Que se olvida de abrir la llave de paso del agua! —advirtió Corinne.

—¡Oh!, sí, es verdad.

Jean se subió a un taburete metálico, alcanzó la llave y la hizo girar.

Al instante, Corinne pegó un chillido.

Como la joven había dejado totalmente abierta la llave de la ducha, el agua fría caía sobre ella con una fuerza tremenda, lastimándola, fundamentalmente, en la zona que viene después de la espalda, según se baja.

Y como el fontanero se hallaba presente, no podía levantarse, sopena de mostrarle nuevamente su cuerpo desnudo.

—¡Fuera...! ¡Fuera...! —chilló Corinne.

Jean Leroy abandonó rápidamente el cuarto de baño, sin poder contener la risa...

CAPÍTULO III

MARCEL DELUBAC tomó la artística caja de cigarros que estaba sobre la amplia mesa de su no menos amplio despacho, y se acercó a los tres hombres que se encontraban cómodamente sentados en ti largo y mullido sofá.

—¿Un cigarro, caballeros...? —dijo, con una sonrisa llena de cordialidad.

Marcel Delubac había cumplido ya los cuarenta y cinco años, pero aparentaba unos cuarenta, con mucho. Era alto, muy apuesto, y rebosaba vitalidad por cada uno de sus poros. Vestía con exquisita elegancia, y su labio superior estaba surcado por un fino y bien cuidado bigote.

Los tres personajes que permanecían sentados en el sofá, no se parecían físicamente en nada.

El tipo de la derecha era extremadamente delgado, de estatura corriente, pelo castaño, nariz aguileña, ojos pequeños y hundidos, pómulos salientes, labios muy finos. Se le podían conceder unos treinta y ocho años, haciéndole un favor.

El que ocupaba el centro del sofá mediría alrededor de 1,90 de estatura. Era un individuo de atlética constitución, pelo rubio, muy corto, ojos claros, nariz recta, mentón cuadrado. Frisaba en los treinta y dos años de edad.

El sujeto que se hallaba a la izquierda era bajo, grueso, de cara redonda y colorada, ojos saltones, nariz roma, labios excesivamente llenos. Tenía muy poco pelo y debía andar por los cuarenta y dos años.

Sí, físicamente eran muy distintos entre sí, pero tenían algunas cosas en común.

Los tres vestían con distinción.

Los tres tenían una copa de buen brandy francés en las manos.

Los tres tenían un maletín negro tumbado sobre las rodillas.

El tipo grueso fue el primero en aceptar el ofrecimiento del dueño de la magnífica casa.

El atlético rubio también cogió un cigarro.

Marcel Delubac acercó la caja al tipo falto de carnes.

El flaco declinó el ofrecimiento con un gesto.

—No fumo, *monsieur* Delubac —dijo, en aceptable francés, aunque con marcado acento extranjero.

El tipo rubio, después de llevarse el carísimo veguero a la boca, extrajo un precioso encendedor de oro.

Miró al gordo.

Este también tenía ya el cigarro entre los dientes.

El rubio accionó el encendedor.

Por un instante, pareció que iba a aproximar la rojiza llama al habano del gordo.

Este, creyéndolo así, echó la cabeza ligeramente hacia delante.

Entonces, el rubio, con un brillo burlón en la mirada, acercó la llama a su cigarro, le prendió fuego, recreándose en la acción, y seguidamente devolvió el encendedor al bolsillo de su chaqueta, dejando al gordo más que chascado.

La cara del rollizo individuo se puso más colorada todavía.

De rabia, claro.

—¡Je, je, je...! —rio por lo bajo el tipo flaco, a quien la falta de cortesía del rubio había divertido mucho.

Marcel Delubac, temiendo que el gordinflón soltase alguna inconveniencia, se apresuró a sacar su encendedor, hizo brotar rápidamente la llama, y la acercó cigarro del tipo.

El gordo encendió su habano.

—Gracias, *monsieur* Delubac —dijo, en un francés casi perfecto, aunque también a él se le notaba su condición de extranjero.

—No hay de qué, caballero —sonrió Marcel Delubac, guardándose el encendedor.

Dejó la caja de cigarros sobre la pequeña mesa que había delante del sofá. Seguidamente, se sentó en una butaca y montó la pierna derecha sobre la izquierda.

—Sus cigarros son excelentes, *monsieur* Delubac... —ponderó el rubio, lanzando una bocanada de humo.

Su francés era correcto, mejor que el del flaco, aunque no tan

bueno como el del gordo.

—Excelentes de verdad —corroboró este, expulsando a su vez otro nubarrón de humo blanquecino.

Lo hizo hacia la cara del rubio.

Deliberadamente.

Aprovechando que el atlético individuo estaba mirando al propietario de la casa.

El rubio se volvió bruscamente hacia él, con la mirada destellante.

El gordo esbozó una sonrisa marcadamente burlona, como diciendo: «¡Chúpate esta, rubiales!»

—¡Je, je, je...! —volvió a reír por lo bajo el tipo flaco, divertido también por la acción del gordo.

Marcel Delubac se apresuró a intervenir, para cortar la tensión del momento.

—Son ustedes muy amables al elogiar mis cigarrillos, caballeros. Con gusto les obsequiaré con una caja a cada uno, si me lo permiten.

—Su cortesía es digna del mayor elogio, *monsieur* Delubac —respondió el gordo, con una sonrisa de agradecimiento.

—Lo mismo digo, *monsieur* Delubac —sonrió también el rubio, haciendo desaparecer de sus ojos aquel brillo amenazador que surgiera a raíz de su incidente con el gordo.

—También el brandy es excelente, *monsieur* Delubac —intervino el tipo flaco, tomando un sorbo de licor—. Y puesto que yo no fumo...

Marcel Delubac, entendiendo, sonrió y dijo:

—Será un placer para mí obsequiarle un par de botellas, caballero.

—Gracias, *monsieur* Delubac —repuso el flaco, devolviendo la sonrisa al dueño de la casa.

—Y a ustedes también, por supuesto —dijo el francés, mirando al rubio y al gordo.

Estos agradecieron el gesto con sendas cabezadas.

Marcel Delubac inspiró profundamente y habló de nuevo:

—Bien, caballeros. Creo que ha llegado el momento de tratar el asunto que les ha traído aquí. Yo tengo una cosa para vender, y ustedes están interesados en comprarla. No entraré en más detalles,

puesto que no es necesario. Cada uno de ustedes está suficientemente enterado de qué se trata. Solo les diré que esa «cosa» no tiene un precio fijado de antemano. Ello es debido a que no solo existe un comprador, sino tres... Si tuviera un precio, y dos de ustedes estuviesen dispuestos a pagarlo, yo me encontraría ante un problema de difícil solución, pues no sabría a cuál de los dos vendérselo. Y el problema aún sería mayor si los tres estuviesen dispuestos a pagar el precio fijado...

Marcel Delubac se tomó una breve pausa y continuó:

—Por ello, caballeros, he decidido subastar esa «cosa» que ustedes desean adquirir. El que más ofrezca, se la llevará. ¿Les parece justo el procedimiento?

—Muy justo, *monsieur* Delubac... —asintió el tipo gordo.

El rubio y el flaco dieron también su conformidad, con sendos movimientos de cabeza.

—Bien —dijo Delubac—. En ese caso, y después de recordarles una vez más que el importe de la compra ha de hacerse en efectivo en marcos alemanes, podemos dar comienzo a la subasta. ¿Quién desea hacer la primera oferta, caballeros?

Los compradores se miraron un instante entre sí.

De pronto, el gordo dijo:

—Un millón de marcos.

—Dos —ofreció casi enseguida el rubio.

—Tres —subió el flaco.

Se produjo un silencio.

Las miradas del rubio y del gordo estaban fijas en el chupado rostro del tercer comprador.

Este jugueteaba con su copa de licor, ignorándoles intencionadamente.

—¿Quién dijo cuatro millones, caballeros...? —sonrió Delubac.

—Yo —gruñó el gordo, aunque él no había dicho nada.

—Cinco —ofreció el rubio.

—Seis —subió la oferta el flaco, y se atizó un trago de brandy.

Sobrevino otro silencio.

Como la vez anterior, los ojos del rubio y del gordo se clavaron en el rostro de su huesudo competidor, este, como entonces, los ignoró por completo.

Marcel Delubac se llevó la mano al pabellón auditivo izquierdo y

dijo:

—¿He oído siete millones, caballeros...?

—¡Yo los ofrezco! —gritó el gordo.

—¡Ocho, *monsieur* Delubac! —ofreció el rubio, ahogando prácticamente las palabras del mofletudo individuo.

—¡Nueve! —dijo el flaco.

Se produjo un nuevo silencio.

El gordo extrajo un pañuelo y se lo pasó por la frente, en donde habían aparecido finas gotas de sudor.

El rubio se limitó a morder el cigarro.

El flaco, que parecía el menos nervioso de los tres, ingirió otro trago de brandy.

—¿Nadie ofrece diez millones? —preguntó Marcel Delubac.

—Yo, *monsieur* Delubac... —dijo el gordo, quedamente, dando a entender a todos que no podría ofrecer ni un solo marco más, que diez millones era su límite.

—Once —ofreció el rubio, casi tan preocupado como el gordo.

También él debía estar rozando el límite.

—Trece —dijo el flaco, quien ya tenía la copa vacía—. Es mi número de la suerte, ¿saben? —aclaró, mirando burlonamente a sus competidores.

El gordo se hundió materialmente en el sofá.

—No puedo superar esa cifra, *monsieur* Delubac... —comunicó abatido.

—Tampoco yo... —suspiró tristemente el rubio, quitándose el cigarro de la boca—. Doce millones era mi límite, *monsieur* Delubac.

Los ojillos del flaco brillaron con intensidad.

Mirando al dueño de la casa, dijo:

—En ese caso, *monsieur* Delubac...

Marcel Delubac sonrió ampliamente.

—El «producto» subastado es suyo, caballero —respondió, levantándose de la butaca.

Caminó hacia su mesa, la rodeó y levantó el cuadro que colgaba de la pared.

La moderna caja fuerte quedó visible.

Marcel Delubac marcó los números de la combinación, que solo él conocía.

Segundos después, la puerta se abrió silenciosamente.

Dentro de la caja, entre otras cosas, había un portafolios.

Marcel Delubac lo atrapó, cerrando la puerta a continuación y bajando el cuadro, que volvió a ocultar la caja fuerte.

El francés regresó junto a los tres extranjeros, se sentó en la misma butaca de antes y se puso el portafolios tumbado sobre las rodillas.

—Puede ir contando los trece millones, caballero... —dijo al flaco.

—Lo haré en cuanto me muestre el «producto» que acabo de adquirir, *monsieur* Delubac —repuso el tipo, con una sonrisa.

Marcel Delubac rio.

—Me parece justo, caballero —dijo, y accionó los resortes que abrían el portafolios.

A continuación levantó la tapa.

El francés agrandó los ojos al máximo. Y abrió la boca de par en par.

En claro gesto de asombro.

De perplejidad.

De estupor.

¡El portafolios estaba vacío...!

CAPÍTULO IV

EL desconcierto también se reflejaba en las caras de los tres personajes que habían pujado por el «producto» desaparecido, de manera especial, en la del esquelético individuo que había ofrecido trece millones de marcos por él.

Después de mirarse entre sí, el tipo flaco llevó sus ojillos en Marcel Delubac, e inquirió:

—¿Qué ha pasado, *monsieur* Delubac?

El apuesto francés arrojó el portafolios al suelo y se puso en pie de un salto.

—¡Han desaparecido...! ¡Los documentos secretos han desaparecido...! ¡Alguien se los ha llevado!

Los tres extranjeros saltaron del sofá al mismo tiempo, llenos de estupefacción.

—¿Cómo dice, *monsieur*? —balbució el flaco.

—¿Que los documentos han desaparecido...? —dijo el rubio.

—¿Quién ha podido robarlos...? —inquirió el gordo.

Marcel Delubac, con los puños rabiosamente apretados, rugió:

—¡Eso quisiera saber yo, caballeros! ¡Sobre las doce estaban en el portafolios, dentro de la caja fuerte! ¡Sobre las doce, los tuve en mis manos, dándoles una última ojeada! ¡Es increíble...!

El francés empezó a golpearse la frente con los puños...

Los tres extranjeros volvieron a mirarse, con mutua desconfianza.

Evidentemente, cada cual comenzaba a sospechar de los otros dos.

Pero ninguno de ellos se atrevió a manifestar de palabra sus sospechas.

Sería demasiado peligroso.

Marcel Delubac hizo un esfuerzo por serenarse y rogó:

—Esperen aquí, caballeros. Voy a hablar con mis hombres. No logro explicarme cómo demonios consiguió alguien burlar todas nuestras medidas de seguridad. Es como una pesadilla, una horrible y espantosa pesadilla.

El francés caminó rápidamente hacia la puerta, saliendo del despacho.

—¡Claude...! ¡Claude...! —llamó.

Unos segundos después, Claude aparecía corriendo, con una pistola automática en la diestra.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó, alarmado.

—¡Los documentos!

—¿Qué pasa con los documentos?

—¡Nos los han birlado!

Claude puso unos ojos como platos.

—¿Qué...?

—Sí, Claude, sí. ¡Nos los han robado! ¡Cuando abrí el portafolios, para entregárselos a uno de los extranjeros, a cambio de trece millones de marcos alemanes, estaba vacío!

Claude se había quedado con la boca abierta.

—No... no es posible, jefe... —tartamudeó.

—¡También a mí me parece imposible, pero esa es la realidad! ¡Los documentos han desaparecido, y alguien ha tenido que llevárselos!

—¿Quién?

—¡Eso es lo que quiero averiguar, Claude!

—Nadie puede entrar o salir de la casa sin ser visto por nosotros, jefe. Ni de día ni de noche. La vigilancia es permanente, usted lo sabe.

—¡Pues alguien ha entrado y salido, eso es evidente!

Claude palideció visiblemente.

Acababa de recordar que, en efecto, alguien había entrado y salido de la casa aquella misma mañana.

¡El fontanero!

¡Y él lo había dejado solo en el cuarto de baño, mientras hacía el amor con Josephine, la amigueta del jefe!

Cuando acabó con la ardiente pelirroja, y regresó al cuarto de baño, el fontanero ya no estaba allí.

Preocupado, llamó a la caseta de la verja.

Antoine le informó que el fontanero hacía unos minutos que se había largado con su motocicleta.

¿Habría sido el tipo rubio quien...?

Interrumpió sus pensamientos al ver que Marcel Delubac entrecerraba los ojos.

—¿Qué te pasa, Claude?

Este respingó ligeramente.

—¿A mí?

—Sí, a ti —gruñó Delubac.

—Nada, jefe.

—Te has puesto pálido.

—¿Yo? —murmuró Claude, tocándose las mejillas.

Delubac le arrebató la pistola automática de un zarpazo y le apuntó con ella a las tripas.

Claude, instintivamente, dio un salto hacia atrás.

—¡Jefe...!

Claude se dijo que no le serviría de nada ocultar la llegada del fontanero, pues Marcel Delubac acabaría enterándose de todos modos.

Se lo diría Antoine.

O Hervé.

O la propia Josephine, que también estaba enterada.

Después de humedecerse los labios con la lengua, Claude se decidió a informar:

—Un tipo estuvo aquí esta mañana, jefe...

—¿Eh...?

—Un fontanero.

Marcel Delubac dio un paso al frente y agarró a Claude por la camisa.

—¿Un fontanero, dices...?

—Sí, jefe. Pensé que lo había llamado usted, por eso le dije a Antoine que lo dejara pasar.

Delubac puso una cara muy rara.

—¿Que lo había llamado yo...?

—Sí.

—¿Y para qué diablos necesito yo un fontanero, estúpido?

Claude carraspeó nerviosamente.

—Bueno, como uno de los grifos del lavabo goteaba, pues...

Delubac golpeó la mandíbula de su subordinado, con el puño zurdo.

Claude, pillado de sorpresa, perdió el equilibrio y cayó al suelo, donde quedó sentado.

—¿Por qué me ha sacudido, jefe? —preguntó, masajeándose el castigado mentón.

—¡Por ser un imbécil...!

—¿Yo...?

—¡Sí, tú, tú! ¿Es que todavía no te has dado cuenta...?

—¿De que soy un imbécil?

—¡De que el fontanero era un espía...! —rugió Delubac, disparando su pierna derecha.

El blanco fue nuevamente la mandíbula de Claude.

Este pegó un chillido y cayó de espaldas, golpeándose duramente en la cabeza contra el suelo.

Entre el patadón y el coscorrón, Claude quedó medio aturdido.

Delubac apoyó la rodilla en el suelo y volvió a agarrar a su subordinado por la camisa.

—¡Te voy a...!

—¡No me golpee más, jefe...! —suplicó Claude, viendo que Delubac levantaba la mano derecha, la que sostenía el arma.

Claude sabía, por propia experiencia, lo mucho que dolía un golpe en la cara propinado por el cañón de una pistola.

Marcel Delubac masculló:

—Si no quieres que te fracture el tabique nasal, responde a todas mis preguntas.

—¡Lo haré! ¡Lo haré!

—¡Y no quiero ninguna mentira! —advirtió Delubac.

—¡Responderé con la verdad, jefe! Lo juro por la memoria de mi madre.

—¿Cómo sabes que murió, si no llegaste a conocerla?

—Ya me ha llamado bastardo... —murmuró Claude, componiendo una mueca de tristeza.

—Lo eres.

—Ya lo sé, pero...

—Bien, dejemos eso y vayamos con las preguntas. Para empezar, descríbeme al tipo que se presentó disfrazado de fontanero.

Claude se lo describió con todo detalle.

—¿Con qué pretexto se presentó? —interrogó Delubac.

—Dijo que en la fontanería donde él trabajaba se había recibido una llamada, de aquí, dando el nombre de Marcel Delubac y esta dirección, y diciendo que teníamos problemas en el cuarto de baño. Yo personalmente comprobé que esos problemas eran ciertos, pues subí al cuarto de baño y vi que el grifo del agua fría goteaba.

—¡Porque alguien no lo habría cerrado bien!

—Diablos, no pensé en ello... —murmuró Claude.

—¡Pues yo os pago para que penséis, inútiles!

Claude rio se atrevió a replicar.

Marcel Delubac resopló e inquirió:

—¿Registrasteis al tipo antes de dejarle pasar?

—Sí, jefe. Antoine y Hervé se encargaron de ello.

—¿No llevaba armas?

—Ni un mondadientes.

—No te hagas el gracioso o te sacudo con la pistola.

—Disculpe, jefe, no era mi intención soltar un chiste.

—¿Le condujiste tú al cuarto de baño? —preguntó Delubac.

—Sí.

—Y le dejaste solo, ¿verdad?

Claude titubeó.

Marcel Delubac endureció más el gesto.

—Te he hecho una pregunta, Claude.

Este confesó:

—Sí, jefe, lo dejé solo... ¡Pero solamente unos minutos!

—¿Cuántos minutos y por qué?

Claude titubeó de nuevo.

No se atrevía a decirle la verdad a Marcel Delubac.

Pero tampoco se atrevía a mentir.

Además, no se le ocurría ninguna mentira convincente.

—Responde, Claude, o te machaco los huesos de la nariz —amenazó Delubac, levantando de nuevo el arma.

—Fueron bastantes minutos, jefe. Y la culpa de que le dejara solo la tuvo Josephine... —murmuró Claude, desviando la mirada.

—¿Josephine? —replicó Delubac, arrugando el ceño.

—Sí, jefe. Se asomó en la puerta de su habitación, en camisón. Y qué camisón... Bueno, no es necesario que le diga cómo son los camisones que usa Josephine, usted lo sabe mejor que nadie.

—¿Te incitó?

—Sí, jefe. Yo traté de resistirme, con todas mis fuerzas, pero no pude, y caí finalmente en sus brazos. Es casi imposible rechazar a una mujer como Josephine, cuando ella se propone todo lo contrario... Bueno, eso usted también lo debe saber, porque se habrá visto más de una vez en las mismas circunstancias... ¿No es cierto, jefe?

Delubac, sorprendiendo a Claude, esbozó una sonrisa.

—Sí, Claude, es cierto. Si Josephine se lo propone, es capaz de seducir al hombre más santo del mundo. Cómo no iba a seducirte a ti...

—Gracias por ser tan comprensivo, jefe —sonrió Claude—. De todos modos, no volverá a suceder, se lo juro. Cada vez que vea aparecer a Josephine, echaré a correr. ¡Aunque vaya en abrigo!

—No será necesario, Claude. Esta misma noche mandaré a Josephine a paseo y me buscaré otra que me sea más fiel. Vamos, levántate —indicó Delubac, irguiéndose.

Claude también se puso en pie.

—¿No me guarda rencor, jefe?

—Ninguno, muchacho. Josephine es la culpable, no tú. Toma la pistola.

—Gracias de nuevo, jefe —dijo Claude, guardándose el arma en la funda que colgaba bajo su axila izquierda.

—En cuanto al tipo que se introdujo aquí disfrazado de fontanero...

—Debió apoderarse de los documentos mientras yo estaba con Josephine.

—Seguro.

—¿Cómo lograría abrir la caja fuerte?

—Eso no es ningún problema para un experto, y ese tipo no hay duda que lo es.

—Habrá que dar con él, jefe.

—No será fácil, Claude —repuso Delubac, escéptico.

—Lo buscaremos por todo París, por toda Francia, por toda Europa si es preciso, pero acabaremos atrapándolo. No lo dude usted, jefe.

—Espero que así sea, Claude. Como sabes, nosotros formamos parte de una organización, ante la cual tendríamos que responder,

si no recuperamos esos valiosísimos documentos. Nada menos que trece millones de marcos obtendríamos por ellos...

—Los recuperaremos, jefe, no se preocupe. Ahora mismo nos lanzamos a la búsqueda del tipo que los robó.

—Sí, Claude. Cuanto antes mejor.

Claude se alejó, trotando.

Marcel Delubac regresó a su despacho.

Los tres extranjeros, que se habían sentado de nuevo en el sofá, se levantaron al verle entrar.

Delubac se acercó a ellos y se encaró con el flaco.

—Sabemos quién y cuándo nos robó los documentos.

—¿Podían recuperarlos, *monsieur* Delubac? —inquirió el tipo, con viva ansiedad.

—Confío en que sí, caballero. Mis hombres ya han salido en busca del tipo que se los llevó.

—Si los recupera, no olvide que son para mí, previo pago de trece millones de marcos. El trato ya había sido cerrado.

Marcel Delubac sonrió.

—No tema, caballero. En cuanto tenga de nuevo los documentos en mi poder, me pondré en contacto con usted y realizaremos la operación.

—Yo le telefonearé, *monsieur* Delubac. Pienso permanecer unos días en París.

—Es una buena idea —aprobó el francés.

CAPÍTULO V

CORINNE AUGER salía de unos grandes almacenes, cargada con varios paquetes.

Salía con prisas, porque había tardado más de lo previsto en realizar sus compras.

Ambas cosas, los paquetes y las prisas, fueron, al cincuenta por ciento, la causa de que chocase con alguien que en aquel preciso momento pasaba por delante de los almacenes.

El encontronazo fue tan violento que la joven cayó al suelo de forma aparatosa, perdiendo todos los paquetes.

Lo primero que hizo, después de dar un grito, mezcla de ira y de dolor, fue buscar con los ojos a la persona que había chocado con ella.

La encontró enseguida, porque la tenía delante.

Era un joven.

Era alto, delgado, de pelo rubio, abundante, ojos azules y rostro simpático.

Las pupilas de la muchacha llamearon de furia.

—¡Usted...! ¡Tenía que ser usted...!

El joven, que no era otro que Jean Leroy, como ya habrá adivinado el lector, se había quedado boquiabierto.

—Señorita Auger... —musitó, quieto como una estatua.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre decir, después de haberme tirado al suelo?

Jean, que ya no llevaba el mono azul ni la gorra, sino un traje claro, de corte moderno, reaccionó al oír las palabras de la muchacha.

—Déjeme que la ayude a levantarse —dijo nerviosamente, inclinándose hacia ella.

Corinne le pegó un par de zarpazos.

—¡No me toque, fontanero del demonio!

Jean, con gesto compungido, dijo:

—No sabe cómo lamento lo sucedido, señorita Auger.

Corinne ya se estaba poniendo en pie, con alguna dificultad, porque sentía dolor en varias partes de su cuerpo, especialmente en el tobillo derecho.

Jean la tomó del brazo.

—Señorita...

—¡Le he dicho que no me toque! —chilló la joven, soltándose con brusquedad.

—Solo trataba de...

—¡De mandarme al hospital!

—¿Cómo? —pestañeó Jean.

—¡Ha estado a punto de partirme el esqueleto!

—Fue un accidente, señorita Auger...

—¡Que pudo resultar fatal para mí!

—Ya le he dicho que lo siento.

—¡Si hubiera mirado por dónde iba...!

—Si miraba... —aseguró Jean—. Yo iba por la acera. Usted debió de salir muy deprisa de los almacenes, los paquetes le impidieron verme, y ¡zas!, se produjo el encontronazo.

Corinne apretó los dientes.

—¿Está insinuando que la culpa fue mía?

—Oh, no, señorita Auger. Honestamente, creo que fue de los dos.

—¡Fue suya! ¡Toda suya!

—Está bien, si usted quiere, fue mía.

—¡No me dé la razón como a los locos! —gritó la joven, dando una patadita sobre la acera, con el pie lastimado—. ¡Ay...! —chilló al instante, encogiendo la pierna derecha.

Tuvo que apoyarse en los hombros del fontanero, para no caerse de nuevo.

Jean la cogió suavemente por el talle.

—¿Qué le ocurre, señorita Auger...?

—¡Mi tobillo...! ¡Me duele horriblemente! —gimió la joven, con los ojos cerrados, la cara arrugada.

—Se lo habrá lastimado, al dar la patadita.

Corinne le miró fieramente.

—¡Me lo lastimé en la caída!

Jean carraspeó.

—¿Tiene usted coche, señorita Auger?

—Sí.

—¿Cuál es? —preguntó Jean, observando los numerosos automóviles que permanecían estacionados delante de los almacenes.

—El «Ferrari» rojo —indicó ella.

—¿Me permite que la lleve en brazos hasta su coche?

—Qué remedio... —rezongó Corinne.

Jean cargó con la joven sin ningún esfuerzo y echó a andar hacia el precioso automóvil de fabricación italiana.

—Pesa usted muy poco, señorita Auger —dijo, sonriendo.

—No quiero pesar más —gruñó ella, muy seria.

—Hace bien. Las mujeres de figura estilizada son más llamativas.

—Como me quede coja para siempre por su culpa...

Jean rio.

—No diga tonterías...

—Me duele mucho el tobillo...

—No será nada importante, ya verá.

Habían llegado junto al «Ferrari».

Jean abrió la portezuela de la derecha y depositó a la joven en el asiento.

Corinne se estiró el ligero vestido, pero aun así, buena parte de sus esbeltos muslos continuaron visibles.

—Voy por los paquetes —dijo Jean, cerrando la portezuela del coche.

Se alejó, regresando poco después, cargado con todas las compras que había efectuado la joven en los almacenes.

Jean abrió la portezuela de la izquierda y fue dejando los paquetes en la parte de atrás del «Ferrari», sentándose seguidamente al volante.

Cerró la portezuela y miró a la muchacha.

—¿Quiere que la lleve a que la vea un doctor, señorita Auger?

—Los médicos me dan miedo —respondió Corinne.

—¿La llevo a mi casa, entonces?

La joven agrandó los ojos.

—¿A su casa?

—Creo que con unas friegas de alcohol, su tobillo quedará como nuevo.

—No, gracias.

—¿También me tiene miedo a mí?

—Más que a los médicos.

Jean sonrió.

—Sé lo que le pasa.

—¿De veras?

—No se fía de mí.

—¿Cómo puedo fiarme, después de lo que me hizo esta mañana?

—Yo no hice nada, señorita Auger.

—Permitió que quedara desnuda delante de usted.

—Porque creí que era una sonámbula, ya se lo dije.

—Sí, ya me lo dijo. Pero ni le creí entonces, ni le creo ahora.

—Sin embargo, es la verdad.

—Ponga el coche en marcha, vamos.

—¿Y dónde la llevo?

—A mi casa.

—¿Quién la atenderá allí?

—Mi tío.

—¿Se refiere al señor Delubac?

—No tengo otro.

Jean accionó la llave de contacto y el poderoso motor del «Ferrari» empezó a rugir.

Segundos después, el coche se ponía en movimiento.

—¿No tiene usted padres, Corinne? —inquirió Jean, atreviéndose a llamar a la joven por su nombre.

—No. Por eso vivo con mi tío.

—Su tío es un hombre muy rico, ¿verdad?

—Bastante.

—¿A qué se dedica?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

Corinne le miró ceñuda.

—¿No le parece que pregunta demasiado?

—Le ruego me disculpe. Solo pretendía conversar con usted.

Corinne guardó silencio.

Jean, tras un ligero carraspeo, preguntó:

—¿Le sigue doliendo el tobillo?

—Sí. Aunque un poco menos que antes.

—Eso es un buen síntoma.

Corinne volvió a mirarle.

—¿Qué ha hecho del mono, de la gorra y de la caja de herramientas?

—Oh, quedó todo en la fontanería —explicó el joven—. Mi jornada laboral terminó ya. Y como hoy es viernes, no tengo que volver por allí hasta el lunes. Precisamente ahora me dirigía a casa de una amiga, con la que he quedado para pasar el fin de semana en el campo.

—¿De veras...? —pareció sorprenderse la joven.

—Sí, de veras.

—¿Y no se molestará su amiga por el retraso?

—Le explicaré los motivos de mi tardanza.

Corinne se mordió el labio inferior.

—¿Cómo se llama?

—Jean; Jean Leroy. ¿No lo recuerda?

—Su amiga... —aclaró Corinne.

—Oh, mi amiga —rio Jean, divertido por la contusión—. Se llama Bárbara.

—¿Es atractiva?

—Sí. Aunque no tanto como usted —piropeó.

—¿También es rubia?

—No, tiene el cabello negro.

—Las prefiere usted morenas, ¿eh?

—El color del cabello me tiene sin cuidado. Lo que más me gusta de una mujer es que tenga buen carácter.

—¿Es una indirecta?

—Desde luego que no.

—Vamos, sea sincero y confiese que le parezco una antipática.

—Soy yo el que le parece antipático a usted, Corinne, no usted a mí.

—Será mejor que dejemos el tema —gruñó la joven.

—Como quiera.

Unos minutos después, Jean detenía el «Ferrari» frente a la verja de hierro que impedía entrar en la propiedad del tío de Corinne.

Casualmente, la verja se estaba abriendo en aquellos momentos para dar paso a un sedán negro.

En el asiento delantero del mismo viajaban Claude y Antoine.

CAPÍTULO VI

AMBOS se quedaron de muestra al ver que el joven que acompañaba a la sobrina de Marcel Delubac era el mismo que por la mañana se había presentado vestido de fontanero.

Lo mismo le sucedió a Hervé, que estaba de pie junto al mecanismo que había de accionar para abrir la verja.

Claude murmuró:

—¿Estás viendo lo mismo que yo, Antoine?

Este se restregó los ojos con fuerza y volvió a fijarse en el tipo que iba sentado al volante del «Ferrari».

—¡Es el espía, Claude! —exclamó, incrédulo todavía.

—¡Parece un milagro!

—¡Atrapémosle antes de que se escape! —dijo Antoine, llevándose la mano a la axila izquierda, de donde extrajo una pistola automática.

Claude extrajo la suya.

Ambos descendieron con rapidez del sedán negro y corrieron hacia el «Ferrari».

Hervé dejó de parecer un poste, y también echó mano de su pistola y corrió hacia el «Ferrari».

Jean Leroy, al verlos venir a los tres, pistola en mano, abrió la boca, estupefacto.

No menos perpleja estaba Corinne Auger.

Ninguno de los dos fue capaz de articular palabra.

Claude, Antoine y Hervé se detuvieron junto a la portezuela izquierda del «Ferrari».

Jean se vio encañonado por las tres armas automáticas.

—¿O-o-ocurre algo, amigos? —tartamudeó.

Claude abrió la portezuela de un zarpazo y ordenó:

—¡Abajo!

—¡Claude! —exclamó Corinne, en tono de recriminación—. ¿Qué diablos significa todo esto? ¿Por qué habéis sacado las pistolas? ¿Por qué apuntáis a este joven?

—A lo mejor es que ha estallado alguna cañería y piensan que yo tengo la culpa... —murmuró Jean.

—¡Abajo he dicho! —rugió Claude, agarrándole por el brazo.

Dio un violento tirón.

Jean se vio arrancado materialmente del asiento.

—¡Claude! —gritó Corinne, saliendo del coche, cojeando sensiblemente de la pierna derecha, se acercó a los empleados de su tío—. ¡Exijo una explicación, Claude...!

—Su tío se la dará, Corinne —gruñó Claude, empujando a Jean contra el coche, de cara a este—. ¡Antoine, Hervé! ¡Registradle!

Le cachearon de arriba abajo.

—No lleva armas, Claude —informó Antoine.

—¡Pues claro que no llevo armas! Ya les dije esta mañana que no soy nieto de Al Capone —gruñó Jean, visiblemente molesto.

Claude le obligó a darse la vuelta, con brusquedad.

—¡Camina hacia la casa, vamos!

—¿Y Corinne? —preguntó Jean, mirando a la desconcertada muchacha.

—Olvídate de ella.

—Tiene el tobillo lastimado, no puede caminar...

—¡Sí, es verdad! —confirmó Corinne, encogiendo la pierna derecha.

—Antoine, cógela en brazos —indicó Claude.

Antoine se dispuso a tomar en brazos a la joven, pero ella se negó.

—¡Quiero que me lleve él! —dijo, mirando al fontanero—. ¿No le importa, Jean?

Este sonrió.

—Será un placer, Corinne —respondió y la tomó en brazos.

—Hervé, ocúpate tú de entrar el «Ferrari» y cierra la verja —indicó Claude—. Vamos, Antoine.

Claude y Antoine siguieron de cerca a Jean y Corinne, sin dejar de apuntar al fontanero con sus pistolas.

—¿Qué hizo usted esta mañana, Jean? —preguntó Corinne.

—Arreglar el grifo del agua fría.

—¿Nada más?

—Y permitir que usted se quitara la bata delante de mí. Quizá esa sea la razón de que los empleados de su tío me apunten con sus pistolas. Le contó usted lo sucedido a su tío y él se enfureció mucho, y ahora quiere ajustarme las cuentas. Apuesto a que ordena a sus empleados que me den una paliza.

Corinne movió la cabeza en sentido negativo.

—Está usted equivocado, Jean. Yo no le conté a mi tío lo sucedido. Ni a él ni a nadie. Me hubiera dado mucha vergüenza hablar de eso.

—Entonces, no lo entiendo.

—No se preocupe, todo se aclarará. En cuanto yo hablé con mi tío...

—Mire, ahora sale de la casa —indicó Jean—. Él y tres hombres más.

Corinne miró hacia la casa, algo distante todavía.

Efectivamente, Marcel Delubac acababa de salir de la casa, acompañado de los tres extranjeros.

Delante de la casa había tres lujosos automóviles, todos ellos negros.

En el primero subió el tipo flaco; en el segundo, el sujeto rubio, y en el tercero el individuo gordo.

Sin embargo, ninguno de los tres hombres puso en marcha su automóvil.

Ello se debió a que acababan de descubrir a los dos empleados de Marcel Delubac, apuntando con sus pistolas al joven rubio que caminaba delante de ellos, con una hermosa muchacha en brazos.

El hecho les intrigó bastante.

Miraron un instante a Marcel Delubac.

El rostro del francés denotaba la más absoluta perplejidad.

Marcel Delubac permaneció quieto como una estaca hasta que Claude, Antoine, Jean y Corinne estuvieron ante él.

—Sí que lo hemos atrapado pronto, ¿eh, jefe? —dijo Claude, sonriendo satisfecho.

—Hemos tenido mucha suerte —dijo Antoine, sonriendo también.

Marcel Delubac no despegó los labios.

Miraba, perplejo, a su sobrina, como preguntándose qué diablos

hacía en brazos del tipo rubio.

Ella le miraba a su vez con seriedad.

—Puede dejarme en el suelo, Jean —dijo Corinne.

Jean lo hizo, con cuidado.

Corinne volvió a mirar a su tío.

—¿Puedo saber qué diablos está pasando aquí, tío Marcel?

—Antes dime tú qué hacías en brazos de este individuo, Corinne —respondió Delubac, serio también.

La joven explicó:

—Tropecé con él a la salida de unos almacenes, me caí al suelo y me lastimé el tobillo. Jean ha tenido la amabilidad de traermelo en mi coche. Y si me tomó en brazos, fue porque Claude, Antoine y Hervé, cuando nos vieron llegar, sacaron sus pistolas y le apuntaron, obligándole a salir del coche. Después de registrarlo, como a un vulgar malhechor, le ordenaron caminar hacia la casa. Como yo no puedo andar, le rogué a Jean que me tomara en brazos.

Marcel Delubac tenía la boca entreabierta.

—¿Se ofreció él a traerte a casa...? —preguntó, con evidente incredulidad.

—Sí —asintió Corinne—. No hubo necesidad de que yo se lo pidiera.

—Sorprendente... —murmuró Delubac.

Jean Leroy se decidió a intervenir:

—¿Por qué le parece tan sorprendente, señor Delubac? ¿No hubiera hecho usted lo mismo, de haberse hallado en mi lugar?

—Seguro que no...

—¡Tío Marcel...! —exclamó Corinne, mirándole con reproche.

Marcel Delubac emitió un carraspeo.

—En cuanto te lo explique todo lo entenderás, Corinne. ¡Claude, Antoine! ¡Llevad al tipo a mi despacho!

—¡Vamos, ya lo has oído! —gruñó Claude, empujando a Jean hacia la casa.

—Maldita sea... —rezongó el joven.

Corinne cogió a su tío por un brazo.

—¡Tío Marcel, te exijo que...!

—Espera un momento, pequeña —rogó Delubac, con una sonrisa—. Antes tengo que hablar con uno de esos caballeros —explicó, y se acercó al coche del tipo flaco.

Este asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Se trata del individuo que les robó los documentos, *monsieur* Delubac?

—Sí, es él —confirmó el francés.

El flaco exteriorizó su alegría.

—¡Qué rapidez, *monsieur*!

Delubac sonrió.

—Mis hombres son muy efectivos, caballero.

—¿Cuándo tendrá de nuevo los documentos en su poder?

—Espero que muy pronto. Mis hombres le obligarán a confesar dónde los tiene.

—Bien. Le telefonaré esta noche, *monsieur* Delubac. Alrededor de las diez. Confío en que para entonces, los documentos estarán otra vez en su poder.

—Seguro.

El tipo flaco puso el motor en marcha y el coche arrancó suavemente.

El rubio y el gordo, que habían podido escuchar la corta conversación mantenida entre el francés y el flaco, pusieron también en movimiento sus respectivos automóviles, alejándose de la casa.

Marcel Delubac esperó unos segundos y luego regresó junto a su sobrina, a la cual tomó en brazos con ligereza.

—Te llevaré a tu cuarto, Corinne, y allí me ocuparé de tu tobillo.

—Olvídate de mi tobillo y explícame de una maldita vez por qué tratáis así a Jean —exigió la muchacha.

Delubac sonrió.

—Eso me disponía a hacer, pequeña.

—Soy toda oídos.

—Ese joven se presentó aquí esta mañana disfrazado de fontanero.

—¿Disfrazado...? ¡Es fontanero, tío Marcel!

—No, Corinne, no lo es.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—¿Qué es, entonces?

—Un espía.

—¿Qué...? —exclamó Corinne abriendo mucho los ojos.

—Lo que oyes, pequeña. Gracias a su disfraz de fontanero, y a que Claude es un estúpido, consiguió introducirse en la casa. Claude le dejó solo en el cuarto de baño, y Jean, o como quiera que se llame realmente ese tipo, aprovechó la circunstancia para llegar hasta mi despacho, abrir la caja fuerte, y apoderarse de unos valiosos documentos que yo guardaba allí.

—Me dejas de piedra, tío Marcel...

—Afortunadamente, ha caído en nuestras manos y mucho más pronto de lo que esperábamos, y le obligaremos a que nos devuelva los documentos robados.

Corinne se estremeció visiblemente.

—¿Vais... vais a golpearle?

—Si no hay más remedio...

—¿Por qué no llamas a la policía, tío Marcel? —sugirió la joven —. Ellos se encargarán de recuperar esos documentos.

Delubac volvió a sonreír.

—La policía no puede ni debe intervenir en esto, Corinne.

—¿Por qué?

—En otro momento te lo explicaré, ahora no puedo perder tiempo.

Habían llegado ya al cuarto de la muchacha.

Marcel Delubac dejó a su sobrina sentada en la cama y preguntó:

—¿Te duele mucho el tobillo?

—No, solo un poco —respondió ella.

—¿No te importa que sea Josephine la que se ocupe de tu tobillo, Corinne? Yo estoy impaciente por saber...

—Comprendo, tío Marcel.

—¿No te importa, entonces?

—No, en absoluto. Puedes decirle que venga.

—Gracias, pequeña —sonrió Delubac, y la besó en la frente—. Voy a avisar a Josephine.

Salió del cuarto de la muchacha y se dirigió al de Josephine.

Entró en él sin llamar.

La exuberante pelirroja estaba sentada frente al tocador, retocándose el cabello. Llevaba puesto un vestido largo, de delgadas tirantes, exagerado escote y dos aberturas laterales, las cuales le permitían mostrar generosamente sus tentadores muslos.

—¡Marcel! —exclamó alegremente.

Arrojó el peine, se levantó de la banqueta y corrió hacia él, echándose materialmente en sus brazos. Después de besarle apasionadamente en los labios, preguntó:

—¿Se han ido ya esos hombres, cariño?

—Sí, hace unos minutos —respondió Delubac.

—Estupendo —dijo Josephine y se dispuso a besarle de nuevo.

Delubac no se lo permitió.

La pelirroja pareció desconcertarse.

—¿Qué te ocurre, querido?

—Corinne ha sufrido una caída y se ha lastimado el tobillo —informó Delubac—. Está en su cuarto. ¿Te importaría ocuparte de ella, Josephine? Yo tengo que atender otro asunto.

—Ahora mismo voy, Marcel.

—Gracias, preciosa —sonrió levemente Delubac, y salió de la habitación.

Descendió rápidamente a la planta inferior. Segundos después, entraba en su despacho.

Jean Leroy estaba sentado en una butaca.

Claude y Antoine le vigilaban, pistola en mano.

Marcel Delubac fue resueltamente hacia el joven rubio y tras dirigirle una dura mirada, interrogó:

—¿Dónde están los documentos?

CAPÍTULO VII

—¿DOCUMENTOS? —repitió Jean Leroy—. ¿De qué documentos habla?

—De los que robaste esta mañana de mi caja fuerte... —respondió Marcel Delubac, apuntando con el dedo hacia el cuadro que ocultaba la caja.

—¿Qué...? —exclamó Jean, saltando de la butaca.

Apenas permaneció un par de segundos erguido, porque Claude y Antoine se apresuraron a sentarlo de nuevo, empujándolo por los hombros hacia abajo.

—¡No sé de qué me habla, señor Delubac! —gritó Jean.

Marcel Delubac apretó las mandíbulas.

—De nada te servirá negarlo, Jean. Por cierto, ¿cuál es tu verdadero nombre?

—Jean Leroy es mi nombre, no tengo otro.

—Ningún espía usa jamás su verdadero nombre.

—Los espías quizá no; pero los fontaneros, siempre.

—Tú no eres fontanero.

—¿Que no...?

—Eres espía...

—¡Espía...! —repitió Jean, y acto seguido rompió a reír con fuerza—. ¡Dice que soy espía...! —se golpeó los muslos con las palmas de las manos, sin dejar de reír.

Claude miró a Marcel Delubac.

—¿Empezamos a «trabajarle» ya, jefe?

—No, todavía no —respondió Delubac—. Empezaréis cuando yo diga.

—Es usted tremendo, señor Delubac —dijo Jean—. Tiene cada salida que...

—Te conviene hablar, Jean —repuso fríamente Delubac—. Y

cuanto antes lo hagas, mejor para ti.

—Oh, si yo soy muy hablador, señor Delubac. Me encanta tanto charlar con la gente, que los amigos me llaman Jean el Cotorra.

—Conque el Cotorra, ¿eh? —masculló Marcel Delubac? ¿De cine, de fútbol, de boxeo, de los problemas energéticos...?

—De los problemas estomacales —respondió Antoine.

—¿Problemas estomacales...? —repitió Jean, poniendo cara de extrañeza—. ¿A quién le duele las tripas?

—¡A ti te van a doler las tripas! —rugió Antoine, haciendo ademán de hundir su puño en el estómago del joven.

—¡Quieto, Antoine! —ordenó Delubac, autoritario.

Antoine apretó los maxilares.

—¿Es que vamos a permitir que el tipo se ría de nosotros, jefe?

—Luego nos reiremos nosotros, no te preocupes.

—Si el chiste es bueno, yo también me reiré... —dijo Jean, sonriente.

Antoine y Claude lo fulminaron con la mirada.

También Marcel Delubac lo miró con dureza.

—¿Qué esperas ganar haciéndote el gracioso, Jean?

El joven carraspeó.

—Nada, señor Delubac.

—Entonces, deja de hacer el payaso y dinos dónde están los documentos.

Jean sacudió la cabeza varias veces.

—No entiendo absolutamente nada de lo que está pasando, señor Delubac. Dice usted que yo robé esta mañana unos documentos de su caja fuerte, que soy un espía... Eso es chino para mí, de veras. Yo soy fontanero, desde hace cuatro años, y si vine aquí esta mañana, fue porque ustedes llamaron a la fontanería donde yo trabajo diciendo que tenían problemas en el cuarto de baño. Y, en efecto, los tenían. El grifo del agua fría goteaba...

—Tu nariz también va a gotear —gruñó Claude, mostrándole el puño.

—Y va a ser muy pronto —masculló Antoine, mostrándole el suyo.

—Señor Delubac, ¿quiere hacer el favor de decir a sus muchachos que dejen de amenazarme...? —rogó Jean—. Empiezo a estar asustado...

—Si te obstinas en callar, harán algo más que amenazar, Jean...
—advirtió Delubac.

—No estoy callado, señor Delubac, estoy hablando...

—Pero no dices más que tonterías. Y ya me estoy cansando de escucharlas, muchacho.

—Yo, con todos los respetos, señor Delubac, pienso que el que está diciendo tonterías es usted. Y si usted estuviera en mi lugar, seguro que pensaría igual. ¿No le parecería a usted de lo más absurdo que, siendo fontanero, le llamasen espía, y le acusaran, además, de haber robado unos documentos de una caja fuerte?

Marcel Delubac endureció los músculos del rostro.

—Estás agotando mi paciencia, Jean.

—Lo siento, señor Delubac, pero es que...

—¡Claude! ¡Antoine! ¡Guardad vuestras armas y empezad a aplicarle el tratamiento especial para mudos voluntarios! —ordenó Delubac.

Claude y Antoine devolvieron las pistolas a las fundas, sonriendo cavernosamente.

Jean volvió a saltar de la butaca.

—¿Qué clase de tratamiento es ese, señor Delubac? —exclamó.

—¡Enseguida lo vas a saber! —respondió Delubac—. ¡A él, muchachos!

Claude fue el primero en disparar su puño, buscando la cara del joven rubio.

Jean se agachó con gran rapidez, poniendo de manifiesto sus envidiables reflejos, y la maza derecha de Claude solo golpeó el aire.

Esto motivó que el matón perdiese el equilibrio y se precipitase de bruces sobre la butaca que hasta un instante antes ocupara Jean.

Cayó con tanta violencia, que la butaca no pudo aguantar el impacto y se venció hacia atrás, obligando a Claude a rodar por el suelo del despacho.

Antoine, furioso por el fallo de su compañero, quiso destrozarle las narices al joven rubio de un puñetazo, pero no tuvo tiempo.

Jean, encogido como estaba, se había lanzado contra el gorila, golpeándole duramente en el estómago con la cabeza arrollándolo al mismo tiempo.

Antoine quedó hecho una bola en el suelo, emitiendo quejidos.

Jean se incorporó con una agilidad asombrosa y corrió como un gamo hacia la puerta, saliendo del despacho convertido en una especie de borrón.

—¡Maldición! —rugió Marcel Delubac, apretando los puños con rabia—. ¡Arriba, estúpidos! ¡Que el espía se escape!

Claude y Antoine se levantaron del suelo y corrieron hacia la puerta, que era lo que ya estaba haciendo su jefe.

Salieron los tres del despacho como una exhalación.

Jean Leroy no se veía por ninguna parte.

Delubac se dirigió rápidamente hacia el vestíbulo, seguido por la pareja de matones.

Al llegar al vestíbulo, vieron que la puerta de la casa estaba abierta de par en par.

Aparentemente, al menos, no cabía ninguna duda: el joven rubio había salido de la casa.

Así lo creyeron Delubac y sus hombres, y los tres le dieron de nuevo a las piernas, con toda la potencia de que eran capaces.

Fue un error.

Debieron correr de manera más moderada, teniendo en cuenta que el brillante suelo del vestíbulo era lo menos indicado para tratar de batir un récord de velocidad, pues había sido encerado recientemente.

Marcel Delubac, que iba el primero, resbaló espectacularmente y se dio el gran batacazo.

Claude, que iba detrás de él, tropezó con el cuerpo de su jefe y también se vino abajo de forma aparatosa.

Antoine tuvo tiempo de saltar, evitando así el tropezar con Delubac.

Su acción, sin embargo fue fatal para Claude, pues sus dos pies cayeron sobre el pecho de este, al concluir el salto.

Claude lanzó un bramido de dolor y se retorció con la sensación de que varias de sus costillas acababan de quebrarse como rosquillas recién sacadas del horno.

Afortunadamente para él, no fue más que eso, una sensación.

Antoine no pudo evitar el caer al suelo también, y se hizo daño en un hombro.

Marcel Delubac fue el primero en incorporarse, lanzando todo un muestrario de improperios y maldiciones.

—¡Arriba, pareja de inútiles! —relinchó sin tener en cuenta que Claude y Antoine estaban en el suelo por su culpa.

Los dos matones se pusieron en pie de un salto y corrieron en pos de su jefe, saliendo los tres de la casa como auténticos cohetes.

CAPÍTULO VIII

CORINNE AUGER continuaba sentada en la cama, de lo más pensativa.

De pronto se abrió la puerta, dando paso a la pelirroja Josephine, quien se acercó rápidamente a la sobrina de Marcel Delubac.

—¡Corinne!

—Hola, Josephine.

—Tu tío acaba de decirme que has sufrido una caída y te has lastimado el tobillo.

—Es cierto.

Josephine observó los tobillos de la muchacha.

—Es el derecho, ¿verdad? —adivinó.

—Sí.

—Lo tienes ligeramente hinchado. ¿Te duele?

—Menos que antes.

—Unas fiegas de alcohol te sentarán bien.

—Eso mismo dijo Jean...

—¿Quién?

—El joven que me hizo caer —explicó Corinne—. Se llama Jean.

—Deberían meter en la cárcel a todos esos tipos que van por ahí arrollando a la gente —rezongó Josephine.

—La culpa fue mía, no suya.

—¡Oh! ¿Es que encima vas a defender al tipo...?

Corinne sonrió suavemente.

—Es un joven muy simpático. Y muy amable. Se ofreció a traerme a casa en mi coche.

—Era lo menos que podía hacer, ¿no?

Corinne no respondió.

—¿Es... guapo? —preguntó Josephine con pícaro gesto.

—No. Pero tiene un rostro muy alegre.

—Huy, ahora entiendo por qué le perdonaste que te tirara al suelo... Te gusta el tipo, ¿eh?

—Sí —confesó Corinne, casi sin darse cuenta.

—¿Cuándo volverás a verle?

Corinne suspiró lánguidamente.

—Me temo que nunca, Josephine.

—¿Por qué dices eso?

—Sería muy largo de explicar.

—En fin... Voy por el botiquín —dijo la pelirroja saliendo de la habitación.

Corinne volvió a quedar pensativa.

Y triste.

Jamás se le hubiera ocurrido pensar que Jean Leroy no era un fontanero de verdad.

Y menos que fuera un espía.

Pero si su tío lo decía...

La huerta se abrió de nuevo, pero esta vez, solo un palmo, lo justo para que la persona que estaba en el corredor pudiese asomar la cabeza por el hueco.

Corinne Auger dilató los ojos.

—¡Jean! —exclamó, ahogadamente, porque casi se había quedado sin voz de la sorpresa.

En efecto.

Era Jean Leroy.

El joven se introdujo rápidamente en la habitación y cerró la puerta, quedándose junto a ella, con la espalda pegada a la hoja de madera.

—Gracias a Dios que la encuentro, Corinne... —dijo, jadeante todavía.

La joven no acertó a decir nada.

Jean se acercó a ella y se sentó a su lado, tomándole las manos.

—Tiene usted que ayudarme a salir de esta casa, Corinne.

—Mi tío... —musitó la joven.

—Su tío es un chiflado —le interrumpió Jean—, ¿sabe lo que dice? Que no soy fontanero, que soy un espía, y que le he robado unos documentos de su caja fuerte. ¿Oyó algo tan absurdo alguna vez?

—Yo...

—Usted es mi única esperanza, Corinne. ¿Sabe lo que hizo su tío? Ordenó a Claude y a Antoine que me diesen una paliza. Escapé de milagro. Dejé la puerta de la casa abierta de par en par, para que creyeran que había salido, pero yo estaba oculto detrás de ella. En cuanto la cruzaron, subí en su busca. Sin su ayuda, jamás saldré de aquí.

La muchacha no dijo nada.

Jean le oprimió las manos y suplicó:

—¿Me ayudará, Corinne? Sé que no le soy simpático, pero soy un ser humano, y si esos bestias de Claude y Antoine logran dar conmigo, me convertirán en picadillo para albóndigas...

—¡Por Dios, no diga esas cosas! —rogó ella, estremeciéndose.

—Es la verdad.

La joven señaló el armario donde guardaba su ropa.

—¡Ocultese ahí, Jean, rápido! ¡Josephine va a venir de un momento a otro!

—¿Quién es Josephine?

—¡No hay tiempo para explicaciones! ¡Escóndase inmediatamente, si no quiere que le descubran!

—¡Es usted un ángel, Corinne! —dijo Jean, y la besó fugazmente en los labios.

La joven se quedó boquiabierta, porque lo que menos esperaba en aquellos momentos era un beso del fontanero.

O del espía.

O de lo que fuera realmente aquel desconcertante joven rubio.

Jean se introdujo en el armario.

—¡Cierre la puerta! —indicó Corinne.

—¡Sí, pero no del todo, o me asfixiaré! —repuso Jean, haciendo correr la puerta.

Dejó una abertura de unos diez centímetros.

Por ella podía ver sin ser visto.

Y lo que vio fue que la puerta de la habitación se abría y una impresionante pelirroja entraba en ella, con un botiquín en las manos.

Corinne dirigió una rápida mirada al armario.

Se tranquilizó al ver que no era posible descubrir a Jean a través de la abertura, pues le protegían los vestidos. Además, la luz del

armario estaba apagada, y la oscuridad le favorecía.

Josephine ya había abierto el botiquín y tomado el frasco del alcohol. Se quedó mirando a la sobrina de Marcel Delubac, un tanto extrañamente.

—¿Te ocurre algo, Corinne?

—¿Qué? —respingó levemente la joven.

—Pregunto si te ocurre algo.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Te veo muy nerviosa, y tienes el rostro arrebolado...

—observó la pelirroja.

Corinne forzó una sonrisa.

—Debe ser cosa del miedo, Josephine.

—¿Miedo...? ¿De qué tienes miedo?

—De que me hagas daño con las friegas.

Josephine sonrió.

—No temas, Corinne. No voy a hacerte ningún daño, ya verás.

—Eso espero.

—Tiéndete en la cama.

—¿Que me tienda en la cama?

—Así será más cómodo para los dos. Especialmente para mí.

—Oh, sí, claro —murmuró Corinne, descalzándose.

Se tendió en la cama, procurando que el vestido le cubriera las piernas todo lo posible.

No fue mucho, porque era graciosamente corto.

La joven maldijo para sus adentros.

No podía olvidar que Jean estaba oculto en el armario, y que podía ver la abertura que había dejado, con la excusa de no querer asfixiarse.

Josephine se había quedado quieta, con un dedo en la barbilla, en actitud claramente pensativa.

Corinne, extrañada, preguntó:

—¿A qué esperas, Josephine?

—Estoy pensando que lo mejor es que yo me arrodille delante de ti y tú descanses el pie lastimado sobre mis muslos, pero...

—¿Pero...?

—Me arrugaré el vestido y este es el mejor que tengo.

—Pues...

—¡Ya sé! Me lo quito y en paz.

—¡Josephine! —exclamó Corinne, irguiendo bruscamente el torso.

La amiguita de su tío, ni corta ni perezosa, se bajó los tirantes del vestido y este resbaló hasta el suelo.

—¡Jesús! —dijo apagadamente Corinne, observando con ojos agrandados a Josephine.

La pelirroja se había quedado en pantaloncitos y sujetador, pero ambas prendas eran tan exiguas, que casi podía decirse que se había quedado desnuda.

Josephine recogió el vestido y lo dejó cuidadosamente sobre una silla. Después, se quitó los zapatos y subió a la cama, arrodillándose delante de la perpleja Corinne.

Esta miró hacia el armario.

No pudo ver a Jean, pero adivinó que este habría puesto unos ojos como huevos de avestruz.

Sin saber exactamente por qué, se sintió furiosa.

—¡Josephine! —gritó.

—¿Qué?

—¡Ponte el vestido inmediatamente!

—¿Eh?

—¡Vamos, ya lo has oído!

La pelirroja pestañeó.

—¿Qué es lo que te pasa, Corinne?

—¡Podría entrar de pronto mi tío, Josephine!

—¿Y qué?

—¿Cómo que qué? ¡Estás prácticamente desnuda, Josephine!

La pelirroja sonrió pícaramente.

—Tu tío me tiene muy vista, Corinne.

—¿Ah, sí?

—Claro, y tú lo sabes.

Corinne se mordió los labios nerviosamente.

—Puedes pillar un resfriado, Josephine... —dijo, porque no se le ocurrió otra cosa.

La pelirroja rio.

—No digas tonterías. Vamos, tiéndete de nuevo.

Corinne volvió a echarse.

Josephine le subió el vestido hasta casi la cintura.

—¿Qué haces...? —gritó Corinne, bajándoselo con rapidez, al

tiempo que se erguía de nuevo.

La pelirroja abrió la boca desconcertada.

—Tú estás muy rara, Corinne... —murmuró.

—¡La que está rara eres tú! —replicó Corinne, mirando nuevamente hacia el armario.

Como la vez anterior, no pudo ver a Jean, pero sabía que este no se estaba perdiendo detalle.

Corinne volvió a mirar a Josephine.

—¿Por qué diablos me has subido el vestido hasta el ombligo?

—Corinne, ¿no pretenderás que te dé las friegas de alcohol por encima de la media? ¿O sí?

—¡Oh! —exclamó la joven comprendiendo.

—Me disponía a soltarla del portaligas y a quitártela, cuando tú, que me aspen si entiendo por qué, te has bajado el vestido de un manotazo. Como si temieras que pudiera verte alguien que no fuera yo.

—Qué tontería... —rio nerviosamente Corinne.

—Esa impresión me diste, de verdad.

—Discúlpame, Josephine. Fue cosa de los nervios.

—Vamos, échate y quédate quieta de una vez —rogó Josephine, empujándola por los hombros hacia atrás.

Corinne no tuvo más remedio que permitir que la amiguita de su tío le subiese el vestido de nuevo, le soltase la media y se la quitase.

Seguidamente, Josephine dio comienzo a las friegas.

—¿Te hago daño?

—No —respondió Corinne, forzando una sonrisa.

—¿No te lo decía yo?

Josephine continuó con las friegas.

De pronto, preguntó:

—¿Por qué miras tanto hacia el armario?

—¿Qué? —respingó Corinne, sintiendo un fallo cardíaco.

—A cada momento vuelves los ojos hacia allí.

—Estoy tan nerviosa, que no sé ni lo que hago.

—Que estás nerviosa, salta a la vista. Lo que no entiendo son los motivos de ese nerviosismo.

—La culpa de todo la tiene mi tobillo. Si no me lo hubiera lastimado...

Josephine sonrió.

—Qué niña eres.

La pelirroja acabó con las friegas y bajó de la cama.

—¿Te sientes mejor, Corinne? —preguntó, mientras se ponía los zapatos.

—Sí, mucho mejor. Ahora apenas me duele.

—Ya te dije que las friegas te irían bien.

Corinne guardó silencio.

Josephine se puso el vestido y dijo:

—¿Quieres que me quede un rato contigo?

Corinne sonrió.

—Te lo agradezco, Josephine, pero no es necesario. Además, me está entrando sueño... —mintió, largando un bostezo.

—Duerme un par de horas, eso te tranquilizará.

—Seguro.

Josephine cogió el botiquín, se despidió con un cariñoso gesto de la sobrina de Marcel Delubac y abandonó la habitación.

Corinne se irguió de golpe, quedando sentada en el centro de la cama, con la vista fija en el armario.

Jean Leroy se disponía a abrir la puerta y salir de él, pero interrumpió su acción, porque Marcel Delubac acababa de entrar en la habitación.

—¡Tío Marcel! —exclamó Corinne Auger, respingando con fuerza.

CAPÍTULO IX

MARCEL DELUBAC se aproximó a la cama y se sentó en ella.

—¿Cómo sigue tu tobillo, pequeña?

—Bien. Josephine me ha dado unas friegas de alcohol y ya casi no me duele.

—Me alegro.

Corinne Auger se mordisqueó los labios.

—¿Confesó ya el espía, tío Marcel?

Delubac ensombreció el semblante.

—Se nos ha escapado, Corinne.

La joven simuló sorpresa.

—¿Escapado?

—Claude y Antoine son un par de mequetrefes, no sirven para nada —masculó Delubac—. De todos modos, el espía no tardará en caer de nuevo en nuestras manos. Está oculto en la casa.

—¿Oculto en la casa? —respingó Corinne.

—Seguro que sí. No ha saltado la tapia, puesto que no ha sonado la alarma. Y por los alrededores de la casa no está. Claude y Antoine lo están buscando, y no tardarán en dar con él. He venido para prevenirte. Y para pedirte que cierres tu puerta con llave. El espía podría atraparte y utilizarte como rehén para escapar.

—¿Tú crees...?

—No me extrañaría nada.

—En cuanto tú salgas, haré girar la llave, tío Marcel.

—Bien.

Delubac besó a su sobrina en la mejilla, se levantó de la cama y caminó hacia la puerta, saliendo de la habitación.

—¡Jean! —llamó Corinne sin alzar la voz.

La cara del joven surgió en la abertura del armario.

—¿Sí, Corinne?

—¡Salga de ahí y dé la vuelta a la llave de la puerta, rápido!

Jean salió del armario e hizo lo que le pedía la joven.

—Ya está... —dijo, largando un suspiro.

Corinne apretó los dientes.

—¿A qué viene ese suspiro?

—He pasado un mal rato, Corinne —dijo Jean, acercándose a la cama, donde se sentó.

—Con la presencia de mi tío, tal vez. Pero con la de Josephine... Jean tosió ligeramente.

—No sé a qué se refiere, Corinne.

—Ya lo creo que lo sabe. Josephine se quedó desnuda, porque no sabía que había un mirón escondido en el armario.

—Desnuda no, Corinne.

—Casi.

—No es lo mismo.

—Debió abrir tanto los ojos, que le han prestado —gruñó la muchacha.

Jean rio.

—No es la primera vez que veo una mujer semidesnuda, Corinne...

—Ya sé que no. Esta mañana, sin ir más lejos, vio otra. Y sin el «semi».

Jean tosió de nuevo.

—Dejemos eso, Corinne. Y pensemos en el modo de salir de aquí.

—Yo no puedo moverme de la cama, tengo lastimado el tobillo —recordó la joven, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyando la espalda contra la cabecera de la cama.

—Hace un momento dijo usted que apenas le dolía ya...

—Pues ahora me duele más, ya ve.

Jean lanzó un suspiro.

—Creo que sé lo que le pasa, Corinne.

—¿Sí?

—No quiere usted ayudarme.

—Estoy indecisa. Esa es la verdad —admitió la muchacha.

—¿Por qué?

—¡Porque no estoy segura de que usted sea realmente un fontanero! Puede que sea lo que dice mi tío, ¡un espía!

Jean sonrió con suavidad.

—Míreme, Corinne.

—Le estoy mirando.

—¿Me ve usted cara de espía?

—Yo no sé qué cara tienen los espías, jamás he visto ninguno.

—Hay algo que demuestra que soy lo que digo ser, un simple fontanero.

—¿Que tiene cara de grifo? ¿Se refiere a eso?

Jean rio la ocurrencia de la muchacha.

—¿De veras le parece que tengo cara de grifo?

—O de soplete, no estoy muy segura... —sonrió la joven.

—Corinne, si yo fuese realmente un espía, y le hubiera robado esos documentos a su tío, ¿cree usted que hubiese cometido la torpeza de volver a esta casa, solo porque usted se lastimó un tobillo al chocar casualmente conmigo?

Corinne se pasó la yema del dedo índice por los labios, pensativa.

—Sí, eso es verdad.

—Ahí tiene la prueba de que yo no tengo nada que ver con la desaparición de esos documentos.

Corinne sonrió ligeramente.

—Le creo, Jean.

—Menos mal... —suspiró el joven.

—Sin embargo, no creo que pueda hacer nada para ayudarle a escapar, Jean. Al menos, por esta noche. Los hombres de mi tío le descubrirían a los pocos segundos de abandonar esta habitación. Ya ha oído que le están buscando por toda la casa...

—Entonces, ocúltame aquí hasta que considere usted que ha llegado el momento de intentar la huida —rogó Jean—. Eso sí puede hacerlo.

—Me asusta un poco tener un hombre oculto en mi cuarto toda la noche, ¿sabe?

—No tiene que temer nada de mí, Corinne. Soy un tipo inofensivo.

—No tan inofensivo. Antes me dio un beso.

Jean carraspeó.

—Fue algo instintivo, créame.

—Instintivo o no, fue un beso. Y a mí no me gusta que me besen

por sorpresa, ya lo sabe.

—La próxima vez le avisaré antes.

—La próxima vez, le daré una bofetada —advirtió Corinne.

Jean sonrió.

—¿No le gusta que la besen, Corinne?

—Depende de quién.

—Entiendo. Un vulgar fontanero es muy poca cosa para usted, que tiene un tío rico, vive en una lujosa casa y tiene un «Ferrari»...

—No sea grosero, Jean. Claro que no. Si un hombre me gusta, dejo que me bese, sin preguntarle previamente si es propietario de una cadena de hoteles o un carpintero.

—Está claro.

—¿El qué está claro?

—Que yo no le gusto.

—¿Quién ha dicho eso?

—Usted acaba de decirlo.

—No es cierto.

—Ha dicho que me dará una bofetada si vuelvo a besarla. Y también ha dicho que cuando un hombre le gusta, permite que la bese.

—Sí. ¿Y qué?

—Bueno, de eso se desprende que...

—Que usted es tonto.

—¿Eh?

—Tenía la impresión de que conocía usted mejor a las mujeres, pero ya veo que me equivoqué.

Jean alargó los brazos y tomó a la joven por la cintura.

—¿Está insinuando que sí le gusto, Corinne?

—Yo no estoy insinuando nada —respondió ella, con un brillo pícaro en la mirada.

—Si fuera cierto, me iba a volver loco de alegría, porque usted a mí me gusta una barbaridad.

—No se vuelva loco, o le encerrarán en el manicomio —sonrió Corinne.

Jean se inclinó sobre ella, que continuaba recostada sobre la cabecera de la cama, y la besó en los labios, muy expertamente.

Corinne correspondió a la caricia.

Cuando separaron sus bocas, la joven murmuró:

—Jamás pensé que los fontaneros besasen así...

—¿De bien o de mal?

—¿No le parece una pregunta tonta, Jean? —sonrió atrevidamente Corinne.

—De lo más tonta —admitió él, y unió nuevamente su boca a la de ella.

Corinne levantó los brazos y los pasó por el cuello del fontanero.

En pleno beso estaban, cuando alguien dio unos golpes en la puerta.

—¡Corinne!

Jean y Corinne se separaron bruscamente.

—¡Es mi tío! —exclamó en tono bajo la joven.

—¡Sí! —dijo Jean en el mismo tono.

—¡Al armario, rápido!

Jean no se hizo repetir la orden.

Corrió silenciosamente hacia el armario, se metió en él y cerró la puerta, dejando solo una pequeña abertura.

—¡Abre, Corinne! —se dejó oír la voz de Marcel Delubac de nuevo, repitiendo los golpes.

—¡Un momento, tío Marcel! —rogó la muchacha, bajando de la cama.

Comprobó, no con cierta sorpresa, que el tobillo apenas le dolía cuando apoyaba el pie en el suelo. Se acercó a la puerta y abrió, quedándose sin color en las mejillas al ver que su tío no estaba solo.

Claude y Antoine le flanqueaban.

Esgrimiendo sus pistolas.

—Tío Marcel... —musitó Corinne.

Marcel Delubac apartó a su sobrina con algo de brusquedad y penetró en la habitación, seguido de Claude y Antoine.

Corinne estuvo a punto de lanzar un grito de angustia cuando vio que los tres se dirigían resueltamente hacia el armario.

CAPÍTULO X

—¡TÍO MARCEL! —exclamó la joven, yendo en pos de él.

Delubac se detuvo y la miró con dureza, advirtiéndole:

—Será mejor que no digas nada, Corinne. Luego hablaremos tú y yo.

—Pero...

—Sé que el espía está aquí, oculto en el armario. Os oí conversar desde el otro lado de la puerta.

Delubac abrió la puerta del armario con mucha brusquedad y tiró del cordón que encendía la luz.

En principio, Jean Leroy no quedó visible.

—¡Sal de ahí, vamos! —ordenó Delubac, apartando los vestidos.

Jean quedó al descubierto.

—¿Qué tal, señor Delubac? —dijo, sonriendo nerviosamente.

Marcel Delubac lo atrapó por la camisa y lo sacó del armario de un tirón, tan violento, que el joven trastabilló y estuvo a punto de caerse.

Claude y Antoine ya le estaban apuntando con sus pistolas.

Corinne dio un paso hacia Jean.

—¡No te acerques a él, Corinne! —gritó Delubac.

—Ni que tuviera la peste... —rezongó Jean, por lo bajo.

—¡Jean no es un espía, tío Marcel! —dijo la joven.

—¡Claro que es un espía!

—¡Jean es fontanero!

—¡Y un cuerno es fontanero!

—¡Estás equivocado, tío Marcel! ¡Y hay algo que lo demuestra!

—¿A qué te refieres?

—¡Si Jean fuera realmente un espía, y te hubiera robado esos documentos de la caja fuerte, no hubiera vuelto a esta casa por nada del mundo!

Delubac miró a Jean.

—Él nos dirá por qué volvió. ¡Lléváoslo, muchachos!

Claude y Antoine empujaron a Jean hacia la puerta.

—¡Muévete, vamos! —masculló el primero.

—¡Ahora sabrás lo que es bueno! —barbotó el segundo.

—¡Jean! —gritó Corinne, haciendo ademán de correr hacia él.

—¡Quieta! —ordenó Delubac, sujetándola.

—¡No permitiré que lo maltratéis, tío Marcel!

—¡Él se lo ha buscado!

—¡Jean no ha hecho nada!

—¡No seas ingenua, Corinne!

—¡Jean no miente, lo sé!

—¡Es un actor de primera, lo admito, pero a mí no me engaña!

—¡Suéltame, tío Marcel!

—¡Te quedarás aquí, en tu habitación!

—¡No!

Delubac empujó a su sobrina, haciéndola caer sobre la cama, y corrió hacia la puerta. Se apoderó de la llave y salió rápidamente de la habitación, cerrando la puerta.

Corinne saltó de la cama y alcanzó la puerta, pero no pudo abrirla, porque su tío la había cerrado con llave.

Empezó a golpear la hoja de madera con sus menudos puños, furiosamente.

—¡Abre, tío Marcel...! ¡Déjame salir...!

Jean Leroy, que en aquellos momentos descendía por la ancha escalera de mármol, vigilado de cerca por Claude y Antoine, oyó los gritos de la muchacha.

De pronto, sucedió algo extraño.

Claude y Antoine se cayeron de cabeza y empezaron a rodar escaleras abajo, como si cada uno de ellos acabara de recibir una coz de elefante en pleno trasero.

Pero, evidentemente, había sido algo mucho más serio, a juzgar por las manchas rojas que fueron dejando en el blanco mármol de los peldaños.

¡Eran manchas de sangre!

Jean, que se había quedado como paralizado al ver rodar por la escalera a los dos matones, reaccionó cuando estos quedaron quietos al pie de la misma, en grotescas posturas.

Bajó los escalones de tres en tres y se arrodilló junto a los cuerpos inmóviles de Claude y Antoine.

Inmediatamente comprendió que estaban muertos.

¡Les habían alojado una bala a cada uno en la espalda!

Sin embargo, Jean no había oído ningún disparo.

Estaba claro, pues, que les habían disparado con una pistola provista de silenciador.

En la planta superior, Corinne seguía dando golpes en su puerta y pidiendo a su tío que la dejase salir.

De repente, se escuchó un grito.

Emitido por una garganta masculina.

Fue una especie de ronco quejido.

A Jean le pareció que lo había lanzado Marcel Delubac.

Tras un breve titubeo, se decidió a subir a la planta superior.

Pero lo hizo con mucha cautela.

Las pistolas de Claude y Antoine yacían en la escalera.

Jean estuvo tentado de coger una de ellas, pero finalmente desistió.

La persona que había disparado sobre Claude y Antoine pudo también disparar sobre él, pero no lo hizo.

No podía considerarla, pues, un enemigo.

Más bien un amigo.

Le había librado de Claude y Antoine, ¿no?

Y todo parecía indicar que también le había librado de Marcel Delubac.

Aquel grito que había escuchado poco antes...

Jean llegó arriba.

En efecto, en medio del largo corredor yacía, tendido de bruces, Marcel Delubac.

Jean no vio a nadie más.

Sigilosamente, se acercó al tío de Corinne.

En la espalda no tenía manchas de sangre.

Jean le dio la vuelta.

Tampoco en el pecho tenía herida alguna.

Jean le tomó el pulso.

Era normal.

Marcel Delubac, pues, solo estaba inconsciente.

Debían de haberle propinado algún golpe, por eso emitió aquel

ronco quejido.

Jean volvió a mirar hacia ambos lados del corredor.

Nadie.

Se irguió y corrió silenciosamente hacia la habitación de Corinne.

Hizo girar la llave, que permanecía en la cerradura, y abrió la puerta.

—¡Jean! —exclamó la joven, con gesto de perplejidad.

Jean Leroy se introdujo rápidamente en la habitación y cerró la puerta, pero no del todo. Dejó una abertura de unos tres centímetros, y por ella miró, al tiempo que rogaba:

—No alce la voz, Corinne.

—¿Qué ha pasado, Jean?

—Claude y Antoine están muertos.

—¿Qué...?

—Más muertos que mi abuela.

—¿Los... los mató usted, Jean?

—¿Yo...? —exclamó el joven, mirándola un instante—. ¡Oh, no!

—¿Quién lo hizo?

—La misma persona que dejó inconsciente de un golpe a su tío, Corinne.

—¿Mi tío?

—Sí. Está ahí. En medio del corredor.

—¿Vio usted a esa persona, Jean?

—No, no llegué a verla.

—¿Quién será? ¿Y por qué habrá matado a Claude y Antoine, y dejado inconsciente a mi tío?

—No tengo ni idea de quién pueda ser, pero parece que tiene mucho interés en que yo pueda escapar. Y como yo tengo más interés todavía, no voy a desaprovechar la oportunidad. Pero necesito su ayuda, Corinne.

—¡Cuenta con ella, Jean!

—¿Cómo responde su tobillo?

—¡Magníficamente!

—Estupendo, póngase los zapatos y salgamos de aquí.

Corinne se los colocó rápidamente y regresó junto a Jean.

El joven la cogió de la mano y abrió la puerta. Salieron al corredor.

Al pasar junto al desvanecido Marcel Delubac, Corinne se detuvo y musitó:

—¿Seguro que solo está inconsciente, Jean?

—Sí, no se preocupe. Dentro de unos minutos habrá recobrado el sentido.

—Me duele tener que dejarle así...

—Josephine se ocupará de él.

—¿Dónde está?

—¿Josephine?

—Sí.

—No lo sé, no la he visto.

—Debe hallarse en su cuarto. ¿Quiere que lo comprobemos?

—¿Cuál es su cuarto? —preguntó Jean.

—Aquel —señaló Corinne.

—Está bien, vamos.

Fueron los dos hacia la habitación de la pelirroja Jean abrió la puerta.

Corinne no pudo reprimir un grito de horror.

Jean también se sintió horrorizado.

La escena no era para menos.

Josephine yacía cruzada sobre la cama, con los ojos extremadamente abiertos, expresando un infinito terror. Su rostro tenía un tono violáceo. Lo más horroroso de todo, sin embargo, era el gran pedazo de lengua que asomaba por su bota, exageradamente abierta. Sobre su cuello, rodeándole todavía, permanecía la delgada cuerda de nylon que el asesino había utilizado para estrangularla. Sus manos estaban crispadas al máximo, como prestas a arañar, aunque ya no podían arañar a nadie, porque no tenían vida...

CAPÍTULO XI

CORINNE AUGER se refugió en el pecho de Jean Leroy.

—¡Abráceme, Jean! ¡Abráceme fuerte o me desmayaré...!

Jean la estrechó con fuerza.

—No se desmaye, Corinne, por favor. La necesito para salir de aquí.

—Noto que me flaquean las rodillas...

—Haga un esfuerzo por sobreponerse.

—Lo intento, pero...

Jean cerró la puerta de la habitación de la desgraciada Josephine.

—Animo, Corinne —dijo, acariciando la sedosa cabellera rubia de la joven.

—Pobre Josephine... ¿Por qué han tenido que matarla? ¿Qué mal había hecho ella?

—Debió encontrarse con la persona que luego liquidó a Claude y a Antoine, y dejó inconsciente a su tío, y esa persona la mató, para que no revelara su presencia en la casa...

—No era necesario estrangularla, Jean... Pudo haberla dejado inconsciente de un golpe, como a mi tío...

—Quizá su tío no le vio la cara y Josephine sí. Si Josephine la vio, y el tipo no deseaba que su tío supiese que él había tomado cartas en el asunto, no tuvo más remedio que acabar con ella, para que no pudiera hablar.

—¿Y cómo pudo entrar ese tipo aquí? Hervé vigila la verja...

—Puede que Hervé también esté tieso.

—¿Tieso? —repitió Corinne, pestañeando.

—Muerto, quiero decir —aclaró Jean.

—Eso facilitaría a usted aún más la huida, Jean...

—Seguro.

—¿Por qué tendrá tanto interés esa persona en que usted escape de esta casa?

—Solo veo un motivo, Corinne. Y no me gusta nada.

—¿Qué motivo es ese?

—El tipo debe creer que soy realmente un espía, que tengo en mi poder los documentos que le fueron robados a su tío, y como sin duda él también tiene mucho interés en conseguirlos...

—¡Espera que usted le lleve hasta ellos! —adivinó Corinne.

—Exacto. Por las buenas o por las malas.

—¡Cielos, Jean! Eso sería como librarse del fuego para caer en las llamas...

—Efectivamente, Corinne. Porque cualquiera convence al tipo de que solo soy un simple fontanero...

—¡Hemos de huir, Jean!

—Lo intentaremos, al menos. ¡Vamos!

Jean tiró de la muchacha, dirigiéndose hacia la escalera de mármol.

La alcanzaron y empezaron a descender por ella.

Los cadáveres de Claude y Antoine continuaban al pie de la escalera, donde se había formado un charco de sangre.

—Dios mío... —musitó Corinne, apretando la mano de Jean.

—No los mire, Corinne —aconsejó Jean—. No es un espectáculo grato.

Pasaron por encima de los cuerpos sin vida de Claude y Antoine y cruzaron el vestíbulo alcanzando la puerta.

Ya había anochecido, pero las luces de los alrededores de la casa estaban encendidas, iluminando los árboles, los setos, los macizos de flores, el abundante césped.

Gracias a la perfecta iluminación, Jean y Corinne pudieron ver, pese a la distancia que les separaba de la verja, que esta estaba abierta, y un cuerpo yacía delante de la caseta de madera.

—¿No se lo dije, Corinne? A Hervé también se lo han cargado.

—Qué horror, Jean...

—¿Dónde está su coche?

—En el garaje, supongo.

—¿Y dónde está el garaje?

—En la parte de atrás de la casa.

—Vamos, aprisa —dijo Jean, tirando de nuevo de la joven.

Ella le condujo hasta el garaje.

—¿Cómo se abre la puerta? —preguntó Jean.

Corinne pulsó un resorte y la pesada puerta de hierro comenzó a elevarse lentamente, emitiendo un suave chirrido.

Jean y la muchacha entraron en el garaje.

Había tres coches: un «Chevrolet» plateado, el sedán negro, y el «Ferrari» rojo de Corinne.

Jean llevó a la joven hacia el «Ferrari».

Se disponían a entrar en él, cuando vieron surgir, en la puerta del garaje, a un tipo que mediría alrededor de 1,90 de estatura, de atlética constitución, pelo rubio, muy corto.

Esgrimía una impresionante pistola automática, provista de tubo silenciador.

Jean reconoció inmediatamente al tipo.

También Corinne.

Lo habían visto aquella misma tarde, al llegar a la casa.

Era uno de los tres hombres que salieron de ella acompañados por Marcel Delubac, introduciéndose seguidamente, cada cual, en su respectivo automóvil.

—Jean... —pronunció Corinne, con un hilo de voz.

Jean no respondió.

Continuó mirando fijamente al tipo rubio.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Mi nombre no le diría nada, amigo —respondió el atlético rubio.

—¿Qué es lo que quiere?

—En primer lugar, ayudarle a escapar. Y eso ya lo he conseguido, pues he liquidado a los tres matones que estaban a las órdenes de Marcel Delubac, y a este lo dejé sin sentido para un buen rato.

—De modo que fue usted, ¿eh?

—Sí, amigo.

—¿Por qué estranguló a Josephine?

—¿Se refiere a la escultural pelirroja?

—Sí.

—Me sorprendió y quiso gritar. Me vi obligado a matarla.

—Hubiera bastado con dejarla inconsciente de un golpe.

—No, amigo, no hubiera bastado, porque luego le hubiera dicho

a Marcel Delubac cómo era el tipo que la golpeó, y Delubac hubiese sabido inmediatamente que fui yo. Entre matar a la hermosa pelirroja y matar a Delubac, preferí matarla a ella. Delubac es un hombre muy importante, y pertenece a una organización más importante todavía. Sería peligroso para mí acabar con él.

—Bien. ¿Y ahora qué?

El rubio sonrió.

—Ya lo debe suponer usted, amigo.

—Yo no supongo nada.

—Quiero los documentos que robó usted a Delubac.

—Está equivocado, yo no los robé.

—Delubac estaba seguro de que sí.

—También él estaba equivocado. Yo no soy espía, soy un simple fontanero. Uno de los grifos del lavabo goteaba y...

El rubio le interrumpió, chascando la lengua.

—No me venga con historias, amigo.

—No son historias, es la verdad.

—Mire, voy a proponerle un trato. Usted me entrega los documentos, y yo le entrego cinco millones de marcos alemanes.

Tanto Jean como Corinne se llenaron de estupefacción.

—¿Cinco millones de marcos alemanes...? —repitió el fontanero, cuando pudo hablar.

—Sí, amigo.

—¿Tanto valen esos documentos?

El extranjero sonrió de nuevo.

—Conozco a alguien que estaba dispuesto a pagar trece millones por ellos.

—¡Trece...!

—Como lo oye, amigo.

—¡Qué fortunón!

—¿Acepta mi proposición?

—¡Claro!

—¡Jean! —exclamó Corinne, perpleja—. ¿Cómo puede aceptar la proposición del tipo?

El joven respingó.

—¿Acaso no le parece tentadora?

—¡Claro que me parece tentadora, pero usted no tiene los documentos!

Jean pestañeó, poniendo cara de idiota.

—¿No?

—¡Vuelva a la realidad, Jean! ¡Usted no es espía, es fontanero! ¡Lo suyo no es robar documentos, sino arreglar grifos!

Jean Leroy sacudió la cabeza con fuerza, como para despejarse, y luego se pasó la mano por la cara.

—Maldita sea, es verdad... —rezongó—. Con tanto decirme todos que soy espía, y que robé los documentos, había acabado creyéndolo yo mismo.

El atlético rubio atirantó el rostro.

—¿Pretende tomarme el pelo, amigo?

—Oh, no. Le juro que no. Yo soy fontanero, de verdad...

—¡No vuelva a decir que es fontanero...! —rugió el rubio, que estaba empezando a perder la paciencia.

—¡Sí, lo soy!

El tipo estiró el brazo diestro.

—¿Quiere que le meta una bala entre ceja y ceja, amigo?

—¿Y para qué quiero yo una bala entre ceja y ceja? —repuso nerviosamente Jean.

—Para marcharse de este mundo.

—Yo no quiero marcharme de este mundo. Me gusta.

—Lo abandonaré, si insiste en hacerme creer que es un vulgar fontanero.

—Vulgar, no. Bastante bueno...

El tipo rubio lanzó una palabrota en su idioma.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Jean.

—¡Acabo de acordarme de su padre!

—¿Ah, sí? Es muy fácil insultar al padre de otro cuando se tiene una pistola en la mano. ¿Por qué no la arroja y arreglamos esto con los puños, valiente? —desafió Jean.

Sorprendentemente, el tipo pareció hacerle caso, pues dejó caer la pistola al suelo.

Pero no fue para medir sus puños con los de Jean, sino porque alguien acababa de incrustarle un par de plomos en la espalda.

CAPÍTULO XII

EL atlético rubio hizo una cara fea y se desplomó, quedando tendido de bruces en el suelo del garaje.

En su espalda aparecieron dos manchas de sangre, que se fueron agrandando rápidamente.

Jean Leroy y Corinne Auger se habían quedado como petrificados.

Sin poder mover un solo músculo de su cuerpo.

—Jean... —musitó la joven, muy pálida.

—Acaban de cargarse al tipo, Corinne... —murmuró el fontanero.

—Sí...

—En esta casa se muere muy deprisa. Y de lo más silenciosamente.

—Vámonos cuanto antes, Jean.

—¡Ya estamos tardando!

Jean y Corinne se dispusieron a entrar en el «Ferrari», pero una voz ordenó:

—Quédense quietos, muchachos.

Jean y Corinne respingaron a dúo.

Volvieron la cabeza hacia la puerta del garaje.

Descubrieron a un tipo bajo, grueso, de cara redonda y colorada, ojos saltones, nariz roma, casi calvo.

También él empuñaba una pistola automática provista de silenciador.

Jean y Corinne le reconocieron al instante.

Era otro de los tipos que por la tarde habían salido de casa acompañados por Marcel Delubac.

El gordo, apuntando con su arma a Jean, se introdujo en el garaje, parándose a unos dos metros del fontanero.

—¿Quién es usted? —inquirió Jean.

—Alguien que está interesado en conseguir los documentos que usted robó a Marcel Delubac.

—Lo suponía —rezongó Jean.

—Oí cómo el rubio le ofrecía cinco millones de marcos alemanes por ellos.

—Oyó usted bien.

—Yo le ofrezco seis.

—¿Se cargó usted al rubio? —preguntó Jean.

—Sí.

—Hay que ver con qué facilidad despachan ustedes a la gente, ¿eh?

—¿Usted no? —repuso el gordo con ironía.

—Yo no soy capaz de matar ni a una mosca.

—Eso, en labios de un espía, solo se puede admitir como chiste.

—Es que yo no soy espía, sino fontanero.

—Claro. Y yo, bombero, lo que pasa es que hoy es mi día libre.

—Sabía que no me creería —masculló Jean.

—Ni un niño se tragaría ese cuento tan ridículo.

—El tipo rubio tampoco me creyó.

—Olvídese de él. Está muerto.

—Puede que usted le haga compañía, si aparece el palillo.

—¿Quién? —pestañeó el gordo.

—El tipo flaco. Apuesto a que él también está muy interesado en conseguir los documentos.

El gordo rio.

—Sí, claro que está muy interesado. Tanto, que ofreció trece millones de marcos a Delubac. Pero el tipo no aparecerá por aquí. Está en su hotel, esperando que Delubac recupere los documentos y se los venda por la suma convenida.

—Yo no estaría tan seguro de que se halla en el hotel.

—Yo, sí.

—Entonces, ¿quién es ese tipo delgado que viene hacia aquí, pistola en mano?

El gordo se revolvió, respingando.

No vio a nadie.

Claro.

Como que no había nadie.

Había sido una treta del fontanero.

Y el gordinflón mordió el anzuelo.

Un instante después mordía otra cosa: el suelo del garaje.

Sí, porque Jean se había lanzado sobre él como un tigre, derribándolo violentamente.

El gordo lanzó un grito, pero no soltó el arma.

Quiso utilizarla contra Jean, pero este le propinó un duro golpe en el antebrazo, obligándole a soltarla.

La pistola cayó fuera del alcance de ambos.

Jean gritó:

—¡Apodérese de la pistola, Corinne!

La joven corrió hacia el arma, mientras Jean se ocupaba del gordo, a quien dejó inconsciente de un seco puñetazo en el mentón.

El fontanero se volvió hacia Corinne.

La muchacha ya tenía el arma en la mano.

Jean se irguió, resoplando.

—Parece que nos hemos librado del tonel, Corinne...

—Fue usted muy astuto, Jean.

—Rápido, larguémonos de aquí —dijo el joven, guardándose en el bolsillo de la chaqueta la pistola automática del gordo.

—Sí, Jean.

Pero no.

Estaba visto que no había manera de salir de aquella maldita casa.

En el preciso instante en que Jean y Corinne abrían las portezuelas del «Ferrari», para meterse en él, un nuevo personaje hizo aparición en la puerta del garaje.

No, no se trataba del flaco.

Era... ¡Era Marcel Delubac!

¡Y esgrimía un revólver del calibre 38!

Delubac no perdió el tiempo hablando.

Apuntó a Jean con su arma.

—¡No, tío Marcel...! —chilló angustiosamente Corinne.

Delubac desoyó la súplica de su sobrina y accionó el gatillo.

La bala no alcanzó a Jean, pues este se arrojó al suelo, buscando ya la pistola que segundos antes había guardado en el bolsillo derecho de su chaqueta, por si las moscas.

Y las moscas ya estaban allí.

El moscón, más bien.

Un moscón que parecía absolutamente decidido a eliminar al mejor fontanero de París.

Jean ya había logrado extraer el arma.

Y como no estaba dispuesto a dejarse matar, solo porque Delubac le hubiese tomado desde el principio por un espía, disparó sobre el tío de Corinne, después de esquivar milagrosamente la segunda bala remitida por este.

El plomo enviado por Jean se incrustó en el pecho de Marcel Delubac, a la altura del pulmón derecho.

Delubac lanzó un aullido y se derrumbó.

Quedó tendido de costado, moviéndose débilmente.

—Dios mío... —musitó Corinne, cuyo cuerpo se vio estremecido por un súbito temblor.

Jean se puso en pie y se acercó a Marcel Delubac, sin soltar el arma. Le puso boca arriba, con cuidado.

—Aún vive, Corinne —informó a la muchacha, que se había quedado como clavada.

—¡Tío Marcel! —gritó Corinne, acercándose también al herido.

Delubac abrió los ojos y la miró.

—Todo se acabó para mí, pequeña...

—Saldrá de esta, señor Delubac —dijo Jean, tratando de infundirle ánimos.

—No, ha llegado mi hora, lo sé...

—Te pondrás bien, tío Marcel —aseguró Corinne, sin poder contener las lágrimas.

Delubac se limitó a esbozar una sonrisa.

—Yo no quería dispararle, señor Delubac... —murmuró Jean.

—Ya sé que no, muchacho... Yo te obligué a hacerlo...

—¿Por qué me disparó? Yo no soy espía, soy fontanero, se lo repito una vez más.

—Yo siempre he sabido que eras fontanero, Jean... —confesó Delubac.

Jean y Corinne se miraron, perplejos.

—¿Que lo sabía, dice? —balbució el joven.

—Fui yo quien llamó a la fontanería... Todo formaba parte de un plan ideado por mí, cuyo objetivo era hacer que Claude, Antoine y Hervé, creyesen que nos habían robado los valiosos documentos

que guardaba en mi caja fuerte, y también hacérselo creer a los tres extranjeros que estaban interesados en comprarlos...

—¿Se refiere al gordo, al rubio y al flaco?

—Sí... Yo quería vendérselos al que más me ofreciese por ellos, pero sin que el comprador supiese que era yo quien se los vendía... El tipo flaco fue el que más me ofreció: trece millones de marcos alemanes. Esta noche, y haciéndome pasar por el inexistente espía, se lo hubiese vendido al flaco, y todo el dinero hubiese sido para mí, en lugar del tanto por ciento que me pagaría la organización a la cual pertenezco... Mi avaricia me perdió, porque no voy a obtener nada y, además, voy a perder la vida... También Josephine ha muerto... ¿Quién la estranguló?

—El tipo rubio —informó Jean—. También mató a Claude, Antoine y Hervé. Luego, el tipo gordo se cargó al rubio. Yo logré sorprender al gordo, y lo dejé sin sentido.

—Josephine era la única que tenía conocimiento de mis planes, aunque no con todo detalle... —siguió hablando Delubac—. Claude tenía que dejarte un rato solo en el cuarto de baño, para que luego yo pudiera culparle a ti de la desaparición de los documentos... Josephine, siguiendo mis instrucciones, lo incitó y se lo llevó a su cuarto... El plan funcionó a la perfección, pero la desgracia quiso que Corinne chocase contigo, precisamente contigo, a la salida de esos almacenes, se lastimase un tobillo, y tú te ofreciste a traerla a casa... Eso vino a complicarlo todo, principalmente, porque los tres extranjeros aún estaban aquí cuando llegasteis y te vieron...

—¿Dónde están esos documentos, señor Delubac?

—En mi dormitorio, ocultos en el último cajón de la cómoda... Cogedlos y llevádselos a la policía, Jean... Esos documentos revelan importantes secretos militares de ciertos países africanos...

—Lo haremos, señor Delubac, no se preocupe.

Marcel Delubac miró a su sobrina.

—¿Comprendes ahora por qué nunca quise hablarte de mis negocios, Corinne? No eran limpios... Espero que Dios me perdone y me acoja en su seno... Yo...

Marcel Delubac no pudo continuar. Tuvo un acceso de tos agónica, cerró los ojos y dobló la cabeza.

—¡Tío Marcel! —gritó Corinne.

Jean le tomó el pulso.

—Ha muerto...

Corinne se cubrió la cara con las manos, sollozando.

Jean se dispuso a consolar a la muchacha, pero un leve ruido le hizo volver la cabeza.

¡El gordo había recobrado el sentido!

¡Y estaba empuñando la pistola del rubio!

—¡Al suelo, Corinne! —gritó Jean, disparando sobre el gordo.

Este también accionó el gatillo una vez, pero su bala partió falta de dirección, porque, para entonces, ya tenía alojado en el tórax el plomo enviado por Jean.

El gordo soltó el arma, emitiendo un alarido, y quedó tendido boca arriba, con los ojos muy abiertos.

Había muerto instantáneamente.

—¡Cuidado, Jean...! —chilló Corinne.

El joven se volvió como una centella hacia la puerta del garaje.

En ella acababa de surgir el tipo flaco, con una pistola en la mano.

Automática.

Provista de tubo silenciador.

Para no ser menos que el rubio y el gordo.

Jean no vaciló.

Apretó el gatillo de nuevo, anticipándose al flaco.

Este recibió el impacto en el centro de su esquelética caja torácica, y cayó hacia atrás, quedando inmóvil en el suelo.

Jean, lentamente, se puso en pie.

—Tres hombres... He matado a tres hombres... —murmuró con las facciones recubiertas por una perceptible palidez.

Corinne, adivinando el estado de ánimo del joven, se levantó y se abrazó a él, diciendo:

—Tuvo que hacerlo, Jean... Ellos querían acabar con usted...

—Sí, pero...

—No se atormente inútilmente, Jean. Usted no tiene la culpa de nada, no hizo más que defenderse.

—Tiene razón, Corinne. Vamos, hemos de coger esos documentos y entregarlos a la policía.

—Sí, Jean.

EPÍLOGO

JEAN y Corinne no tuvieron ninguna dificultad para encontrar los valiosos documentos.

Fueron con ellos a la policía y contaron todo lo sucedido.

Más de una hora permanecieron en la comisaría.

Cuando les dijeron que ya podían marcharse, Jean y Corinne abandonaron la comisaría y se introdujeron en el «Ferrari» de la muchacha.

Jean, sin decir nada, puso el coche en marcha.

—¿Adónde me lleva, Jean? —preguntó Corinne.

—A mi casa.

—¿A su casa?

—No creo que quiera usted pasar la noche en la casa de su tío, después de lo sucedido... ¿Me equivoco?

Corinne suspiró.

—No, no se equivoca, Jean. No podría pegar un ojo en toda la noche.

—Eso fue lo que yo pensé. Por eso la llevo a mi casa. Allí podrá pegar los dos y dormir plácidamente.

—¿Tiene usted una cama de sobra, Jean? —preguntó la joven, sonriendo ligeramente.

—Solo tengo una, la mía.

—Y espera que la compartamos, ¿verdad?

Jean sonrió.

—También tengo un sofá. Puedo dormir en él.

Corinne no hizo más comentarios al respecto.

Minutos después, Jean detenía el «Ferrari» frente al edificio más bien modesto donde vivía.

Salieron ambos del coche y penetraron en el edificio.

—Mi piso está en la segunda planta... —informó Jean—. Es

pequeño, y carece de lujos, pero está limpio y aseado.

—Me gustará, estoy segura —sonrió Corinne.

Segundos más tarde, entraban en el piso.

Jean encendió las luces.

Corinne lo observó todo con curiosidad.

—Un simple fontanero no puede aspirar a más, ¿no le parece? —dijo Jean.

Corinne se volvió hacia él.

—Un simple fontanero puede aspirar a muchas cosas, Jean. A todo aquello que desee de verdad.

—¿Usted cree? —repuso él, dando un paso hacia ella y enlazándola por el talle.

—¿Por qué no nos tuteamos, Jean? —sugirió Corinne, sonriendo encantadoramente.

—Es una buena idea —respondió Jean, y buscó los labios de la muchacha.

Justo en aquel instante, sonó el timbre de la puerta.

—Vaya, qué oportuno... —rezongó Jean, soltando la cintura de la joven—. Disculpa un momento, Corinne.

Jean fue hacia la puerta y abrió.

Corinne, desde donde se encontraba, pudo ver que se trataba de una atractiva joven de pelo negro.

—¡Bárbara! —oyó exclamar al fontanero, y adivinó la cara de sorpresa que este estaría poniendo.

—¡Te he llamado cincuenta veces por lo menos, Jean, y tú no...! ¡Eh!, ¿quién es ésa? —exclamó la enfurecida morena, descubriendo a Corinne por encima del nombro del fontanero.

Jean giró la cabeza nerviosamente.

Vio que Corinne sonreía, divertida.

Jean volvió a mirar a la morena.

—Yo te explicaré, Bárbara...

—¡No hace falta que expliques nada, Jean! ¡Todo está la mar de claro!

—Bárbara, que no es lo que tú te imaginas...

—¿Ah, no...? —repuso ella, sarcástica—. ¿Para qué has traído a esa rubia a tu piso, para mostrarle tu colección de sellos?

—Lo has adivinado, Bárbara —asintió Jean, cada vez más nervioso—. Ahora mismo me disponía a sacar el álbum.

—¡Toma, álbum! —gritó la morena, levantando la mano y estrellándola con fuerza en la mejilla del fontanero.

Jean abrió la boca.

—¿Por qué me has pegado, Bárbara...?

—¡Porque tú no has coleccionado sellos en tu vida, embustero! —respondió ella, dando media vuelta y alejándose rápidamente.

Jean cerró la puerta y regresó junto a Corinne, quien reía alegremente.

—Parece que tu amiga Bárbara pega duro, ¿eh, Jean?

El fontanero se acarició la enrojecida mejilla.

—Tiene motivos para estar enfadada. Me olvidé por completo de ella y le he estropeado el fin de semana...

Corinne le echó los brazos al cuello.

—Yo tengo la culpa de todo, Jean.

Este volvió a tomarla por la cintura.

—Lo de Bárbara ya no tiene arreglo, Corinne. Lo nuestro, en cambio...

Jean la besó en los labios.

Ella le devolvió la caricia.

Después, se miraron a los ojos, tiernamente.

—¿Aceptarías casarte con un simple fontanero, Corinne? —preguntó Jean.

—Depende —respondió ella, sonriendo coquetamente.

—¿De qué?

—De que el tipo me gustase o no me gustase.

—¿Te gusto yo, Corinne?

—Muchísimo —confesó ella.

Jean volvió a besarla, con tanto ardor, que cuando separaron sus bocas, Corinne, con la respiración entrecortada, comentó:

—No hay duda de que eres mi fontanero experto, Jean...

—¿Por qué dices eso?

—Haces unas soldaduras perfectas... —respondió Corinne, y ahora fue ella la que buscó los labios del fontanero.

Sus bocas volvieron a unirse.

Y la «soldadura» fue tan perfecta como la anterior.

FIN